LOS HOMBRES de la historia

125

La Historia Universal
a través de
sus protagonistas

Giordano Bruno

Centro Editor de
América Latina

Eugenio Garin

Giordano Bruno representa la firmeza del filósofo que, al constituirse en símbolo, se convierte en la mayor conquista de una civilización. Pero significa también otra conquista. El hombre restituído a sí mismo, transformado en dueño de su propia suerte, convertido en centro consciente del propio mundo, reconoce la grandeza y el significado de la naturaleza y del universo físico que lo circunda. Liberado de una falsa concepción de la divinidad, precisamente en el momento en que conquista su autonomía moral, reconquista la propia libertad constructiva y el propio derecho a darse sus leyes, y alcanza el coraje de liberarse de una visión primitiva del mundo.

El que transformó la hipótesis heliocéntrica copernicana en una solemne concepción liberadora, imponiendo la idea de mundos infinitos, de espacios sin fronteras, derribando las antiguas ideas de las esferas celestes cristalinas; el que afrontó impávido la idea del infinito universo y de los infinitos mundos, fue también Giordano Bruno. Puede comprenderse que el hombre que había intuído esta verdad, antes de renegar de ella prefiriera la muerte "mártir y gustoso", después de haber dicho a quien le leía la atroz condena, las famosas palabras: "Acaso tengáis más miedo vosotros al pronunciar mi sentencia, que yo al recibirla".

Y es fácil entender también por qué esta voz inquietante que no alcanzó a sofocar ninguna sentencia, gravitará durante siglos y siglos en lo más profundo de la conciencia de la Europa pensante, como una de las voces más radicales y revolucionarias. Nació en Nola, en un suburbio, "en las raíces mismas del monte Cicala", a comienzos del año 1548; se le dió el nombre de Filippo que cambiará por Giordano al vestir los hábitos de novicio dominicano en 1565. Arrestado en 1592 por la Inquisición, fue quemado vivo en Campo di Fiori el 17 de febrero de 1600.

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma Milán
Director Responsable: Pasquale Buccomino
Director Editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Lisa Baruffi, Mirella Brini, Ido Martelli, Michele Pacífico

125 - Giordano Bruno - Del Humanismo a la Contrarreforma
Este es el séptimo fascículo del tomo Del Humanismo a la Contrarreforma (Vol. 2).
La lámina de la tapa pertenece al tomo Del Humanismo a la Contrarreforma (Vol. 2) del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.

Ilustraciones del fascículo Nº 125:
Alinari, Florencia: p. 176 (2); p. 180 (3); p. 194 (3).
Scala, Florencia: p. 171 (1); p. 179 (1); p. 187 (1).
Snark, París: p. 188 (1); pp. 192-193 (1-8).
Biblioteca Marucelliana, Florencia: p. 194 (2).
Biblioteca Nacional Central, Florencia: p. 175 (1); p. 176 (1); p. 184 (1); p. 184 (4); p. 190 (1).
Superintendencia de la Galería, Florencia: p. 182 (1).

Traducción de Oberdan Caletti

Centro Editor de América Latina S. A.
Cangallo 1228 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A. - Luca 2223, Buenos Aires, en noviembre de 1970.

Giordano Bruno

Eugenio Garín

1548
Nace en Nola, en un suburbio "en las raíces mismas del monte Cicala", a comienzos del año (enero o febrero), Filippo Bruno. Su padre Giovanni, gentilhombre desprovisto de bienes de fortuna, estaba dedicado a las armas; su madre, Fraulisa Savolino, procedía de una familia de pequeños hacendados.

1562
Después de sus primeros estudios en Nola, se dirige a Nápoles para estudiar humanidades y dialéctica. La impresión que le produce un predicador y el cansancio de la vida napolitana, lo inducen a entregarse a la vida religiosa.

1565
15 de junio: en el convento de Santo Domingo Mayor, de Nápoles, viste los hábitos de novicio dominicano, y asume el nombre de Giordano.

1566
16 de junio: profesa en el mismo convento. Es probablemente durante este período (1566-1567) cuando tiene lugar el primer procedimiento contra él por sospechas de opiniones heréticas.

1568
15 de julio: se le conceden las cartas patentes para trasladarse al norte. Parece que tiene el propósito de dirigirse a Roma, para ofrecer a Pío V un escrito, que no ha llegado a nosotros, ttiulado *El arca de Noé*.

1572
Se ordena sacerdote. Pronuncia su primera misa en la iglesia de San Bartolomé de Campagna (Salerno). Pasa nuevamente, en calidad de estudiante formal de sagrada teología, al *estudio* de Santo Domingo Mayor.

1575
Julio: es declarado lector de teología de la Orden.

1576
Probablemente a principios de este año, a raíz de un nuevo procedimiento iniciado contra él por sospechas de herejía, Bruno huye a Roma, alojándose en el convento de Santa María sobre Minerva. En Roma se le acusa de haber arrojado a un hermano a las aguas del Tíber, y vuelve a huir. En el mes de abril se encuentra en Génova; enseña en Noli gramática y astronomía. Cuelga los hábitos y retoma su nombre de pila.

1577-1578
En peregrinación, se dirige de Savona a Turín, y de Turín, a través del río Po, a Venecia, donde imprime un opúsculo que se ha perdido y que, bajo el título de *De' segni de' tempi* reúne una cantidad de presagios. Pasa después a Padua, a Bérgamo (donde vuelve a vestir los hábitos), a Brescia, Milán, nuevamente Turín, Chambery (donde pasa el invierno de 1579 alojado en el convento dominicano).

1579
En Ginebra acogido por la colonia italiana y en particular por el marqués de Caracciolo, depone nuevamente los hábitos, trabaja de corrector de pruebas y adhiere al calvinismo. En el mes de agosto, a raíz de sus ataques contra el profesor de filosofía De la Faye, es obligado a retractarse. Se marcha de Ginebra, pasa a Lyon, y a fines de año se encuentra en Tolosa.

1578-1581
En Tolosa obtiene el doctorado en artes. Enseña públicamente comentando el *De anima*, y privadamente dando lecciones sobre la esfera y sobre filosofía. Después de casi veinte meses (él dirá dos años) "a causa de las guerras civiles" se refugia en París.

1581-1583
Llega en el verano a París. Dicta, en calidad de lector extraordinario, un curso sobre los atributos de Dios. En 1582 imprime, además de *Candelaio* [El Candelabro], el *De umbris idearum* [De las sombras de las ideas] con el *Ars memoriae*, el *Cantus Circaeus* conectado con el *Ars memoriae*, y un estudio sobre Lullio. Enrique III lo hace llamar a su corte, acepta la dedicatoria del *De las sombras de las ideas* y lo designa "lector extraordinario".

1583
En la primavera de este año pasa a Inglaterra en el séquito del embajador francés Michel de Castelnau de la Mauvissière. Publica, reunidos en un volumen, los tres escritos: *Ars reminiscendi, Explicatio triginta sigillorum* y *Sigillus sigillorum*. El 11 de junio, una disputa pública que sostiene en la iglesia de la Virgen con los doctores de Oxford lo obliga a marcharse de la ciudad y a abandonar toda esperanza de enseñanza. Vuelve a Londres donde permanece como gentilhombre y secretario del embajador francés.

1584
Redacta y publica los diálogos italianos: *La cena delle ceneri* [Cena del Miércoles de Ceniza]; *De l'infinito, universo et Mondi* [Del infinito universo y mundos]; *Spaccio della bestia trionfante* [Expulsión de la bestia triunfante], *De la causa, principio et Uno* [De la causa, principio y uno], dedicado a Felipe Sidney.

1585
Prosigue la publicación de los diálogos: *Cabala del cavallo Pegaseo con l'aggiunta dell'asino cillenico* [La cábala del caballo Pegaso y del asno Cilénico] y *De gli eroici furori* [De los heroicos furores], (dedicados también a Sidney).
En el mes de octubre vuelve con Castelnau a París, pero su protector cae en desgracia. En diciembre manifiesta su propósito de publicar un escrito (que no nos ha llega do) titulado *Arbor philosophorum*. Medita también un compendio de la filosofía de Aristóteles en pocas páginas, y un amplio desarrollo del arte de Lullio, para una utilización más vasta que la prevista por el propio autor.

1586
Imprime la *Figuratio Aristotelici physici auditus*. Exalta los descubrimientos de Mordente en los *Dialogi duo de Fabricci Mordentis Salernitani prope divina adinventione ad perfectam cosmimetriae praxim (Mordentius, de Mordentis circino, Insomnium)*. Frente a la reacción negativa del mismo Mordente, imprime entre los meses de abril y mayo, nuevos *Diálogos* (juntamente con los anteriores).
28 y 29 de mayo del mismo año. Junto

con su alumno Giovanni Hannequin ataca a Aristóteles en el Colegio de Cambray, después de haber publicado (atribuyéndolos a Hannequin) artículos adversos a los peripatéticos, *Ciento y uno*. A raíz de la reacción que despertaron, abandona París y Francia.
El 20 de agosto toma la matrícula de la Universidad de Wittenberg, donde, introducido por Alberico Gentili de Sanguinesio, comentará filosofía.

1587
Publica el *De lampade combinatoria lulliana, De progressu et lampade venatoria logicorum*. En 1612, Alstedt publica un *Artificium perorandi*, que había sido dictado por Bruno en este año. Al mismo período pertenecen las *Animadversiones circa Lampadem lullianam* y la *Lampas triginta statuarum*, que permanecieron en manuscrito. Probablemente pertenecen también al período de Wittenberg algunos comentarios aristotélicos (*Libri physicorum Aristotelis explanati*).

1588
8 de marzo. Se despide de los profesores y alumnos de Wittenberg con una *Oratio* y se traslada a Praga. En Wittenberg había vuelto a publicar, reelaborados, los 120 artículos de la discusión de París (reducidos a 80; aunque todo lo escrito fue reformado), con el nuevo título de *Camoeracensis Acrotismus*. En Praga publica un *Comentario a Raimundo Lullio* (dedicado al embajador de España) y los *Ciento sesenta artículos* (dedicado a Rodolfo II).

1589
1º de julio. Lee en Helmstädt la *Oratio consolatoria* por la muerte del duque Julio de Braunschweig. En esta misma ciudad permanece aproximadamente un año y medio, trabaja en sus más importantes composiciones latinas y redacta algunos opúsculos que quedaron manuscritos (*De magia*; *Theses de magia*; *De magia mathematica*; *De rerum principiis, elementis et causis*; *Medicina Lulliana*).

1590
Mes de julio: se traslada a Francfort para imprimir los poemas latinos; se aloja, a cargo del editor Wechel, en el convento de los carmelitas. Iniciada ya la impresión, durante el invierno de 1590 a 1591 parte de improviso a Zurich donde, probablemente, compone una *Summa terminorum metaphysicorum*, publicada en 1595 por su alumno Raffaele Egli.

1591
Primavera. Ya de regreso en Francfort aparecen en esta ciudad los tres poemas: *De triplici minimo et mensura*; *De monade numero et figura*; *De innumerabilibus, inmenso et infigurabili*. También aparece su último tratado menmónico: *De imaginum, signorum et idearum compostitione*.
Agosto: llega a Venecia, a invitación de Giovanni Mocenigo. En el otoño viaja a Padua, completa el *De vinculis in genere* y compone las *Praelectiones geometricae* y el *Ars reformationum*. Al principio del invierno regresa a Venecia, al lado de Mocenigo, y redacta sus últimos escritos, los que serán secuestrados.

1592
El 23 de mayo, Mocenigo denuncia a Bruno quien, por la noche, es arrestado en las cárceles de la Inquisición, donde es sometido en los días subsiguientes a interrogatorios.

1593
7 de junio. La *Serenissima* [Venecia] cede a las presiones del Nuncio, para que Bruno sea trasladado a Roma, y en Roma, el 27 de febrero, es encerrado en las cárceles del Santo Oficio.

1594
20 de diciembre: Bruno presenta un memorial en su propia defensa.

1596
Diciembre: ya están preparadas las censuras sobre los libros de Bruno.

1599
15 de febrero. Bruno aparece predispuesto a la abjuración.
21 de diciembre. Declara que no quiere arrepentirse, porque no tiene de qué arrepentirse.

1600
20 de enero. El papa decreta que Bruno sea entregado al brazo secular.
8 de febrero. Bruno escucha la lectura pública de su condena.
17 de febrero, jueves. Es quemado vivo en Campo di Fiori.

Durante la primavera de 1608 el nombre de Giordano Bruno aparece muchas veces en la correspondencia de Kepler. Sólo entonces había llegado a Praga la noticia del trágico fin del pensador italiano, que apenas veinte años atrás llegaba a la ciudad bohemia procedente de Wittenberg. Había permanecido en Praga seis meses, y durante ese tiempo había hecho imprimir un escrito matemático (los *Articuli adversus huius tempestatis mathematicos*) dedicado a Rodolfo II, por el que recibió, en carácter de obsequio, trescientos taleros. Kepler apreciaba la obra de Bruno, de modo que su muerte le suscitó gran piedad. Uno de sus corresponsales, Johann Georg Brennger, le confesó que ignoraba por completo los motivos del trágico fin del filósofo: y, desde el momento que no creía más en un Dios de justicia, distribuidor supremo de penas y recompensas en el más allá, ¿por qué soportar tantas penurias sólo para defender la verdad? ¿Por qué no mentir, ocultando o renegando —por lo menos de palabra— las propias ideas?

Pregunta grave ésta, que no sólo nos conduce nuevamente al centro mismo del drama de Galileo, sino que, más aún, nos replantea el problema del significado de todo ese movimiento cultural del Renacimiento del que Giordano Bruno constituye, a un tiempo, la culminación y el epílogo. Precisamente rehusándose a renegar de sus propias ideas, él, que había dejado de creer en las tradicionales tablas de valores y en la concepción cristiana del mundo, se convertía en mártir y confesor de otros valores y de otro modo de concebir la vida: "declaraba que moría mártir y feliz", como se lee en un documento del 19 de febrero de 1600, tres días después de la trágica hoguera de Campo di Fiori. Una profunda revolución de ideas y una prolongada crisis, habían exigido insistentemente la entrega del hombre a su misión terrestre, reconociéndolo árbitro de su propio destino, y liberándolo de temores y de mitos. Se había afirmado que la dignidad del hombre y su nobleza, su verdadero significado, dependían de su propia acción. Que el premio a la acción reside en la misma acción, en su fecundidad: en lo que la acción da por sí misma. Concepción ésta de la vida que, si bien rompía con una vieja moral, no implicaba desconocimiento de los vínculos morales: implicaba sí una moral nueva y más rigurosa, una responsabilidad más profunda. Justamente lo que del gesto de Giordano Bruno no entendía el amigo de Kepler, constituía la mayor conquista de una civilización de la que la firmeza del filósofo se convertía en símbolo. Pero Bruno significaba también otra conquista. El hombre restituido a sí mismo, transformado en dueño de su propia suerte, convertido en centro consciente del propio mundo, reconoce la grandeza y el significado de



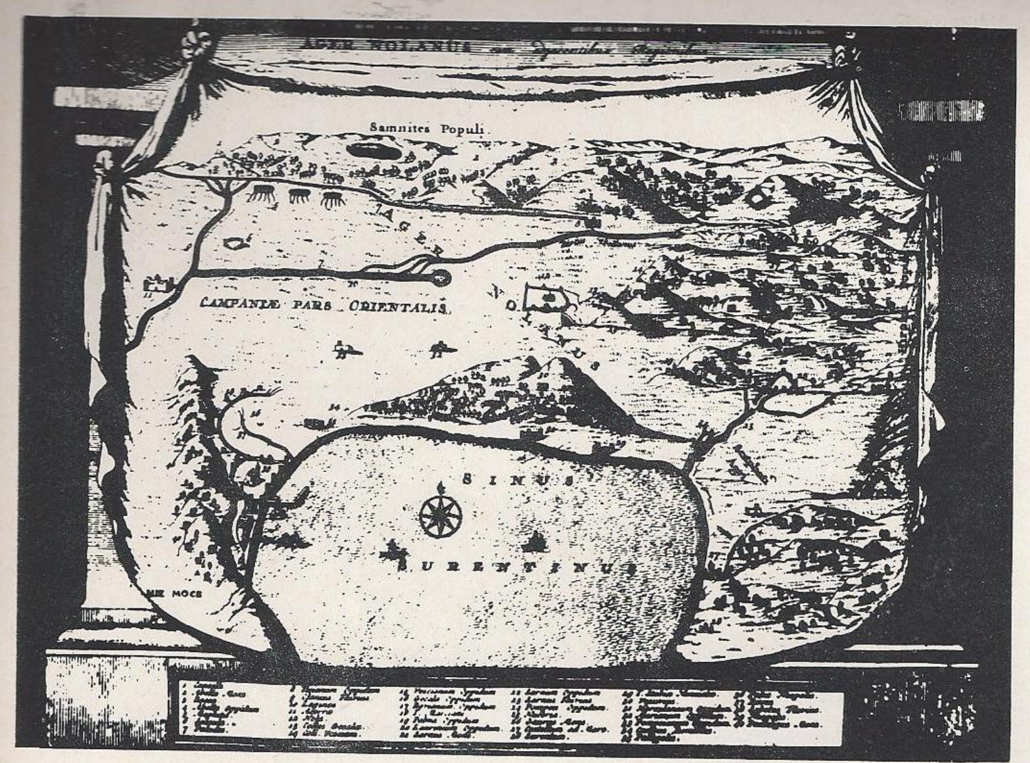
1

1. Vista del golfo de Nápoles con un combate naval, de P. Breughel. Roma, Galería Doria (Scala).

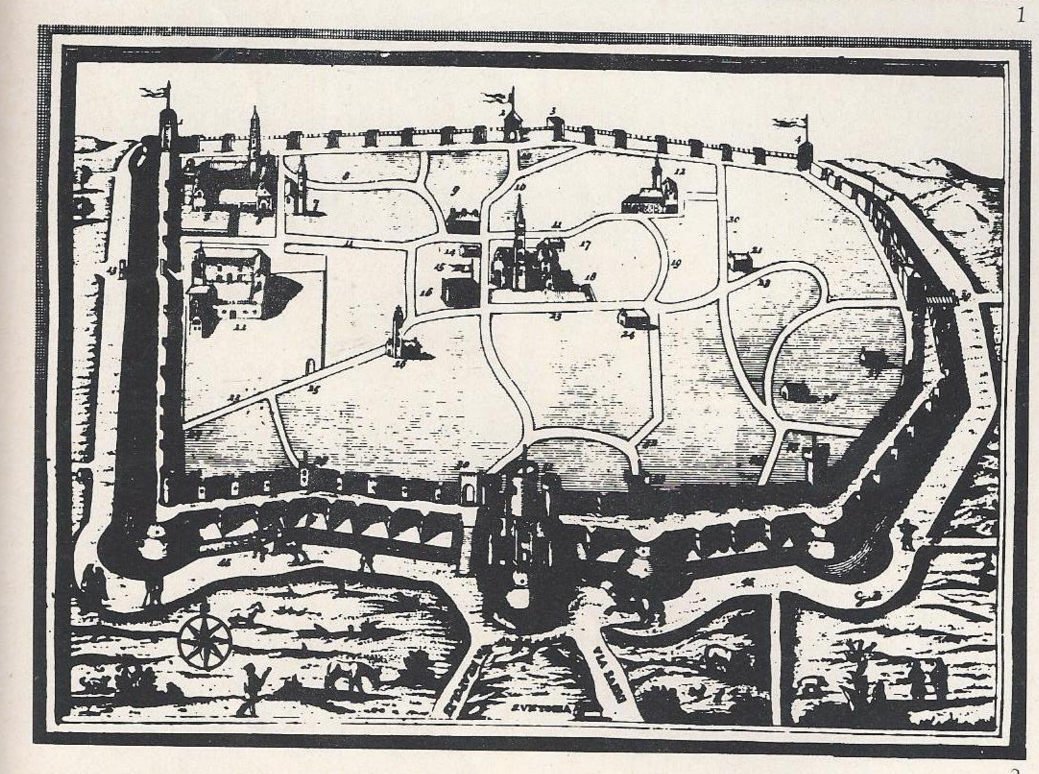
la naturaleza y del universo físico que lo circunda: comprende su inmensidad, las inagotables fuerzas que encierra, sus formas infinitas y su extensión sin barreras. Quiebra así la imagen doméstica de un mundo semejante a una casa grande, cercada y encerrada por esferas cristalinas e inmutables. Liberado de una falsa concepción de la divinidad, precisamente en el momento en que conquista su autonomía moral, reconquista la propia libertad constructiva y el propio derecho a darse sus leyes, y alcanza el coraje de liberarse de una visión primitiva del mundo. Bien sabe que no es el centro físico, local, del universo, aun cuando se da cuenta, o mejor dicho, precisamente porque se da cuenta, del poder de la propia razón y de las propias capacidades. Y, así como disipa en el plano moral los fantasmas de las falsas supersticiones que embarazan su camino (la *Expulsión de la bestia triunfante,* dirá Bruno), así también destruye las visiones ficticias y fabulosas de las cosas, restituyendo a la naturaleza su dignidad y su infinidad.

Por paradojal que parezca, en el momento mismo en que el pensamiento humano afirma su centro en el mundo moral, destruye la visión pueril del antropomorfismo físico a través de la destrucción del geocentrismo. Y de aquí nace esa concepción del mundo físico y del mundo moral que caracteriza a la conciencia moderna, y que ha significado una doble liberación: de las supersticiones, en primer término, y de las servidumbres en el terreno ético-político, después. Una liberación del sometimiento a la naturaleza, que no puede ser dominada si no se la reconoce en su verdad, o sea, si no se la enfrenta "científicamente".

El que transformó la hipótesis heliocéntrica copernicana en una solemne concepción liberadora, imponiendo la idea de mundos infinitos, de espacios sin fronteras, derribando las antiguas ideas de las esferas celestes cristalinas; el que afrontó impávido —más aún, jubiloso— la idea del infinito universo y de los infinitos mundos, fue también Giordano Bruno. Así como la lucha contra la "bestia triunfante" del mito y de la superstición emancipa a la humanidad en el plano moral y la restituye íntegra a sí misma, así también la interpretación de la hipótesis astronómica de Copérnico como concepción renovadora de la naturaleza universal, libera a la mente de esa ancestral frontera que le impedía afrontar a la naturaleza tal como es, sin temor alguno, con el fin de explorarla y transformarla. Entre Copérnico y Galileo se alza bien alta la voz solemne de Bruno, como siempre la entendió, aun oscuramente, Kepler, al evocarlo conmovido, reprochando incluso a Galileo el no haber rodeado aquella grande y trágica sombra de los honores debidos, precisamente allí,



1



2

1, 2. El territorio de la ciudad de Nola, por Ambrosius Leo en J. G. Graevius, Thesaurus antiquitatum hist. ital.

donde renovaba las bases de la ciencia y las de la entera vida humana. No es fácil soslayar la fuerza y el significado de aquellas altísimas palabras de la epístola preliminar de los diálogos "del infinito universo y mundos", que constituyen realmente el anuncio de una doble liberación finalmente alcanzada por la humanidad en el plano moral y en el terreno del saber. "Abriremos el verdadero camino a la verdadera moralidad, seremos magnánimos, desdeñosos de lo que creemos infantiles pensamientos; y nos haremos, por cierto, más grandes que esos dioses que el viejo vulgo adora, porque nos convertiremos en verdaderos contempladores de la historia de la naturaleza... Ésta es la filosofía que abre los sentidos, gratifica al espíritu, engrandece el intelecto y reduce al hombre a la verdadera beatitud que como hombre puede tener... No hay fines, términos, márgenes, murallas que deterioren y sustraigan la infinita abundancia de las cosas. Fecunda es la tierra y su mar; perpetuo es el dominio del sol, que eternamente se brinda a los voraces fuegos y da agua a los mares; porque desde el fondo del infinito nace siempre más abundancia de cosas. Así es como mejor lo entendieron Demócrito y Epicuro, para quienes todo es un infinito renovarse y restituirse...". Bien se entiende, que el hombre que había intuido esta verdad, antes que renegar de ella prefiriera la muerte "mártir y gustoso", después de haber dicho a quien le leía la atroz condena, las famosas palabras: "Acaso tengáis más miedo vosotros al pronunciar mi sentencia, que yo al recibirla". Y es fácil entender también por qué esta voz inquietante que no alcanzó a sofocar ninguna sentencia, gravitara durante siglos y siglos en lo más profundo de la conciencia de la Europa pensante, como una de las voces más radicalmente revolucionarias.

Nacimiento y carácter de Giordano Bruno

Cuando se revisan las vicisitudes de la vida de Giordano Bruno, no puede dejarse de experimentar la profunda impresión que causan las contradicciones que lo agitaban. Si alguna vez hubo una figura característica de estudioso inquieto, insatisfecho siempre y al mismo tiempo siempre agresivo: siempre errabundo, siempre exiliado, y a pesar de todo siempre con la mente puesta en esa patria en la que no podía filosofar libremente. Si alguna vez hubo un nostálgico de su propia tierra y ansioso al mismo tiempo de refugios lejanos, éste fue justamente Giordano Bruno, en su nombre común, Filippo Bruno. Y quizás sea necesario comenzar desde aquí si se lo quiere comprender. El recuerdo de su nativa Nola, "próxima doce millas a Nápoles", aparece reiteradamente en sus diálogos italianos y en sus poemas filosóficos latinos. Retornan en los

recuerdos, figuras y episodios de la vida menuda de todos los días; pequeños episodios imborrables en la memoria del desterrado, más bien avivados por la melancolía de la ausencia. Este hombre que, siguiendo la antigua inspiración de Lucrecio, dirige su mirada serena a los infinitos espacios del cielo, sin un solo estremecimiento de extravío, no puede quitar de su vista el "amenísimo" monte Cicala que domina a Nola, "monte enguirnaldado de hiedra y de ramos de olivo, de cornejo, de laurel, de mirto y de romero, ceñido por castaños, álamos y olmos felices por las bodas con la vid fecunda". Vuelve a ver el Vesubio, "padre de la Campania dichosa", rico de viñas, con cuya mole parece proteger de las tormentas "el dulce cielo de la patria"; y vuelve a verlo "envuelto casi por pudor en un manto de niebla cerúlea".

La solemnidad de los poemas lucrecianos, los ritmos de la prosa italiana se dulcifican sensiblemente cuando se abre a los paisajes soñados en la infancia y en la juventud, cuando evocan con entusiasmo típicamente napolitano escenas y personas: el vendedor de melones, Franzino; Vasta, la mujer de Albenzio, "mientras trata de enrular los cabellos de sus sienes", y se los quema con el hierro demasiado caliente y blasfema llena de ira; Albenzio, a la caza de "bicharrajos"; Laurencia, que pierde sus cabellos; la perra de Antonio Savolini, las chinches de la cama de Constantino, los dientes de la vieja de Fiurulo; Ambrosio, que no logra tener hijos; Martinello, que expone su barba, y Paulino, que pierde "sus bragas". Y no citemos las páginas vivaces y muy poco castas de *El candelero*, donde entre las expresiones de doble sentido y los brochazos de lupanar, se eleva de improviso a la visión alternada del universo y a los "misterios" de la más sutil filosofía. A su nativa Nola, Bruno parece querer brindar las meditaciones más profundas, "las cuales en verdad espantan a las bestias y... dejan a los asnos muy, muy atrás", pero a muchos, allá en su pequeña patria les permitirán "contemplar" el secreto de sus pensamientos. Así, el amargo "académico de ninguna academia, llamado el intemperante"; el hombre que sólo sentía alegría en medio de la tristeza, y tristeza en medio de la risa (*in tristitia hilaris, in hilaritate tristis*); el autor que dedica su comedia "no a Su Santidad, no a Su Majestad Cesárea, no a Su Serenidad, no a Su Alteza Señoría Ilustrísima y Reverendísima, ni a su príncipe, cardenal, rey, emperador o papa", sino "a la señora Morgana B., su señora siempre honrada". El escritor desprejuiciado hasta la obscenidad e irreverente hasta la blasfemia, se complace en asociar a la salida del trivio la nostalgia destructora de su tierra, al recuerdo de un amor lejano, una solemne profesión de fe. "Recordad, señora, todo aquello que no creo necesario enseñaros: el tiempo, todo lo quita y todo lo da; toda cosa cambia, nada desaparece; sólo hay una cosa que no puede cambiar, sólo una que es eterna y puede permanecer eternamente una, semejante e igual. Con esta filosofía siento que mi alma se agranda, y se magnifica mi intelecto. Pero, cualquiera sea el momento de la noche que espero, si la mutación es verdadera, yo que me encuentro en la noche espero el día, mientras que los que están en el día esperan la noche".

Entre un chispazo de risa y un doble sentido, entre una alusión grosera y una sátira atroz, se inserta de pronto la huella purísima de una visión del mundo capaz de liberar el alma del miedo, de reintegrar al hombre a sí mismo, de pacificarlo con el ritmo eterno de la realidad regulada por una fundamental justicia: quien se encuentra en la noche, espera el día, que no puede faltar.

De la "paz de la fe" a la indiferencia religiosa

Así es el hombre que el martes 26 de mayo de 1592, comenzó a narrar su propia vida, en presencia de Luigi Foscari y de los jueces del Santo Oficio en Venecia: el nuncio apostólico Ludovico Taverna, el patriarca Lorenzo Priuli, el inquisidor F. Giovan Gabriele da Saluzzo. El imputado, según el documento oficial, era un hombre de mediana estatura; con barba castaña y de unos cuarenta años de edad. Hablaba con tono humilde: sus respuestas constituyen una especie de autobiografía, de tono cauteloso y controlado, que, examinada a la luz de la tragedia final, se nos presenta toda transida de una singular tensión dramática en su descarnada esencialidad: "Mi nombre es Giordano, de la familia de los Bruno, de la ciudad de Nola..., nacido y criado en esa ciudad, y mi profesión es y ha sido la de las letras y de todas las ciencias; mi padre se llamaba Giovanni, y mi madre Fraulisa Savolina; y la profesión de mi padre era la de soldado; mi padre murió, lo mismo que mi madre. Tengo alrededor de unos cuarenta años de edad, y nací, según tengo entendido, en el año 48; probablemente a principios de año, en enero o febrero".

Cuando Bruno nacía, no hacía mucho tiempo que se había inaugurado en Trento el Concilio convocado por Pablo III, concilio que tenía que haberse iniciado muchos años antes en Mantua. La Iglesia católica emprendía una fuerte reacción contra los movimientos reformadores, lo mismo que contra esa renovación cultural que había transformado los espíritus en Italia primero, y en Europa después. En el verano de 1541 moría Juan de Valdés, cuya presencia en Nápoles había sido intensa y eficaz en la doble oposición: tanto contra la moral legalista del catolicismo como contra la teología de los reformadores. Juan de Valdés auspiciaba una forma de "experiencia" religiosa personal al margen de los dogmas y de la autoridad. Recuérdese que no hacía mucho tiempo, el 6 de julio de 1536, se había extinguido en Basilea la vida de Erasmo, cuyas concepciones religiosas se habían proyectado a Italia (Bruno, como veremos, en su huida de Nápoles arroja "al excusado", para que no den con ellas, las ediciones erasmianas de San Jerónimo y de San Juan Crisóstomo; por otra parte, son sumamente frecuentes en él las huellas de sus lecturas de Erasmo). La cultura humanista de Italia se insertó por doquier; suscitó y favoreció, sin duda, movimientos de honda renovación religiosa en orientaciones a las que Bruno no era ajeno. De Marsilio Ficino y de su complejo platonismo, muestra Bruno claras influencias, sobre todo en el terreno de la experiencia de lo divino en el mundo, si bien más tarde se alejó en alguna medida de la que constituyó una de las más significativas posiciones del panorama espiritual de los siglos XV y XVI.

De cualquier manera, es indudable que a lo largo de toda su obra, Bruno ha de situarse más que en el ámbito de la Reforma, dentro de los límites de las tendencias propias de la cultura humanista-renacentista italiana, que en el plano religioso oscilaba entre "teologías platónicas" tolerantes, conciliadoras y dirigidas a la interioridad ("nosotros mismos [...] regulares ejecutores de las divinas leyes, que en el centro de nuestro corazón se hallan esculpidas"), e instancias de crítica textual dirigidas a restaurar los escritos evangélicos y la pureza de una experiencia originaria, de una fe opuesta a las sutilezas de los razonamientos escolásticos. Lorenzo Valla por un lado, y Marsilio Ficino por el otro, representan los dos polos de una espiritualidad comprometida, en primer término, a superar los conflictos religiosos en un equilibrio que, más allá de las divisiones confesionales, encuentre el sentido de lo divino en la unidad fundamental de los hombres. La misma intención reformadora de Savonarola apunta contra la corrupción moral del clero y, en general, de una sociedad sumida en la crisis; por otra parte, el mismo profetismo apocalíptico de Savonarola carecerá de repercusión en Bruno, pero repercutirá en Tommaso Campanella como anuncio de la unificación de los hombres en una única "ciudad".

No obstante sus vicisitudes entre calvinistas y luteranos, Bruno se mantendrá ajeno a la sustancia misma de los contrastes teológicos desencadenados por la Reforma. Como lo declarará reiteradamente durante el proceso, había querido hablar siempre como filósofo ("fundándose únicamente en los argumentos filosóficos"), y cuando tuvo que apreciar a los "herejes", los había alabado "solamente por las virtudes morales de que estaban dotados". En realidad, partiendo de la universal "concordancia" tolerante de Cusano y de Ficino, había ido

aproximándose poco a poco a la indiferencia frente a las religiones reveladas ("esos dioses que el viejo vulgo adora"), de ciertas posiciones averroístas.
Cusano había declarado que Dios era como aquel famoso retrato que, cualquiera fuera el ángulo desde el que se lo observara, daba la impresión de que los ojos miraran frente a frente al observador: tantas religiones diferentes, tantos modos de ver diversos, pero todos verdaderos. Bruno dirá por fin que todas las religiones históricas no son sino modos inadecuados, supersticiosos, "vulgares", de considerar la Verdad: todos equivalentes, pero todos falsos. Lo cual, mirando bien, es lo contrario de la primera posición.

Herencias del Renacimiento y "contradicciones" de la cultura de Bruno

Es innecesario extenderse mayormente acerca de la influencia ejercida sobre Bruno por el cardenal Cusano, puesto que gustaba celebrar al "divino Cusano" entre sus predilectos "autores". Y a Ficino remiten no pocas de sus páginas. Pero, sin embargo, no debe olvidarse cómo fue configurándose el complejo mundo cultural de los años de formación de Bruno, infatigable lector, como lo revelan sus obras, entretejidas de reminiscencias y de citas, documento de una memoria prodigiosa y de una actividad febril en un hombre siempre errabundo, sin paz ni tranquilidad para sus estudios. Tras el florecimiento de los tiempos de Alfonso el Magnánimo, después de los años remotos de la permanencia de Lorenzo Valla en Nápoles, y de la áspera invectiva contra el poder temporal de los papas, muchas voces no pueriles habían marcado la historia doctrinal del reino. Hombres eminentes por su doctrina y su piedad —baste pensar en Egidio da Viterbo— habían enriquecido los ambientes napolitanos de fines del siglo XV con lo más vibrante que agitaba al mundo intelectual italiano. Los fermentos de la religiosidad de Ficinio en todos sus más inquietantes aspectos, habían encontrado en Egidio un intérprete eficaz e intrépido. El siglo XVI había visto movilizarse en las ciudades del reino, a algunos de los protagonistas de las mayores polémicas filosóficas que agitaron a Italia entre el segundo y el tercer decenio del siglo. Agostino Nifo, el antagonista de Pietro Pomponazzi en la gran cuestión sobre la inmortalidad del alma individual, había predominado con su jactanciosidad y su fama en la Italia del sur y en Nápoles. A esta ciudad quedan asociados en la primera mitad del siglo XVI, los nombres de filósofos muy conocidos por sus actitudes audaces y desprejuiciadas, como el de Simone Porzio (muerto en Nápoles en 1554 y gran amigo del cardenal Girolamo Seripando) y Escipión Capece, epígonos de aquellas audacias especulativas que la Contrarreforma había de combatir y sofocar. Todos ellos, ante la angustiosa pregunta si el individuo sobrevive a su muerte, habían contestado de la misma manera —aunque por distintos caminos— destruyendo el concepto de la inmortalidad individual, ya disolviendo el alma en una superior unidad espiritual, o sumergiéndola en una universal unidad natural.

Diez años después del nacimiento de Bruno, aparece en Nápoles, en su primera redacción parcial, un libro singular de un hombre singular: "La magia natural, o sea, de los milagros de la naturaleza" (*Magiae naturalis, sive de miraculis rerum naturalium libri IV*), de Giovanni Della Porta. Son igualmente notables en Della Porta su rara genialidad, los aportes que brindó a la nueva ciencia de la naturaleza y la admirada amistad que lo inclinaba hacia Galileo (recuérdense sus discusiones en torno al "descubrimiento" del telescopio). Giordano Bruno no es ni un héroe solitario ni un docto genial de la cultura atrasada o anacrónica. Se coloca plenamente en el drama religioso abierto por la contraofensiva católica contra la Reforma, dirigida a subvertir incluso las más avanzadas posiciones de esa cultura abierta y renovadora, profundamente "liberal", de esa cultura humanista-renacentista típica de Italia. Vinculado con Cusano y Ficino y con la tradición platónico-hermética hasta Francesco Patrizi da Cherso, e incluso con Erasmo y Cornelio Agripa de Nettesheim, Giordano Bruno remonta, con algunos exponentes de los grupos más inquietos de la cultura francesa y alemana del siglo XVI, a las tentativas medievales de Raimundo Lullio para la fundación de una nueva lógica y de una enciclopedia del saber. Se asoma a la problemática mágica en el momento en que la magia se esfuerza por perfilar su propia vocación entre experiencia religiosa y nueva ciencia de la naturaleza. Hace frente a la nueva astronomía, transfigurándola en una grandiosa cosmogonía, preñada de "hipótesis" físicas; se entrega a la "matemática" oscuramente consciente de una renovación de sus métodos y sus problemas. De igual modo que la totalidad del saber contemporáneo, también la obra de Bruno presenta dos caras: arcaica una, y abierta a las más turbias solicitaciones del hermetismo, de la magia, de la astrología, de la cábala, del "grande arte" de Lullio; renovadora y revolucionaria, la otra, dirigida a "despachar a la bestia triunfante", a renovar una clara visión del mundo, a liberar al hombre de supersticiones y mitos. Y sin ignorarlos, a afrontar, a discutirlos todos, sin excepción de ninguna especie, tanto los mitos consagrados como los mitos execrados.

Y si no puede decirse que Bruno haya logrado nunca liberarse de la ambigüedad de su posición —no fue Galileo; tampoco fue Kepler—, es verdad, sin embargo, que en su ambigüedad alcanzó a formular tesis de tal significado, de tal valor especula-

1. Página miniada de la Opera chemica, Florencia, Biblioteca Nacional Central, Banco Rari 52 (G. B. Pineider).



CANDELAIO

COMEDIA DEL BRVNO NOLANO ACHADEMICO di nulla Achademia; detto il fastidito.

IN TRISTITIA HILARIS: in Hilaritate tristis.



IN PARIGGI,

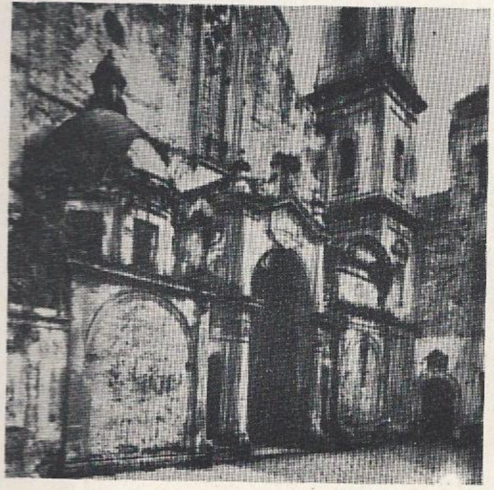
Appresso Gugelmo Giuliano. Al segno de l'Amicitia.

M.D.LXXXII.

1

1. *Portada de* El Candelero, *impreso en París en 1582. Florencia, Biblioteca Nacional Central* (G. B. Pineider).

2. *La iglesia de Santo Domingo, en Nápoles* (Alinari).



2

tivo, que aportaron una contribución fundamental no sólo al progreso del saber científico, sino también a la formación de la cultura moderna, más allá de Galileo y de Kepler.

En los conventos de Nápoles

Había ido a Nápoles a estudiar "humanidad lógica y dialéctica" hasta los catorce años, dentro de aquellas formas escolásticas tradicionales en las que había quedado anquilosada la enseñanza oficial aun después del vendaval crítico del siglo XV. Por otra parte, se cernía ya sobre los estudios la innegable cerrazón de la contraofensiva católica en la que –no hay que olvidarlo nunca– deben colocarse tanto la tragedia de Bruno como el drama de Galileo. De cualquier manera, el Bruno jovencito no era tan indiferente al valor de las religiones reveladas, particularmente al significado de la Iglesia católica, como querrá hacer creer más tarde. Por los documentos vaticanos, o sea, por el *Sumario del proceso*, puesto a la luz en 1942 por Angelo Mercati, sabemos –ya que él mismo lo confiesa– que había vestido el hábito de Santo Domingo entre los 14 y los 15 años, puesto que en la iglesia de Santo Domingo de Nápoles había escuchado una vez a un fraile, que exaltaba a esos sacerdotes diciendo de ellos que "eran dioses de la tierra". Más tarde aún, en los terribles años de su larga prisión, Bruno recordará a menudo y con satisfacción evidente –tal como lo refieren muchos de sus compañeros de cárcel–, un episodio muy distinto: que "mientras jugaba sobre un libro de la suerte en Alemania o en Inglaterra, a cada uno le tocó un verso de Ariosto, y que el verso que le tocó a él decía: *Enemigo de toda ley y de toda fe* (*Orlando furioso*, canto 28, octava 99)". Algunas fuentes sostienen que este episodio se produjo tardíamente, en los tiempos del exilio; pero Bruno lo remitirá a los tiempos del noviciado. Lo que importa, de todos modos, es la insistencia con que gustaba volver sobre el episodio, como si presintiera en él un presagio verídico: "le gustaba porque era conforme a su naturaleza, sosteniendo que al vivir a su manera no ofendía a nadie".

Sin embargo, no había sido ésta su intención; y aun cuando aquella "suerte" le había tocado durante el tiempo del noviciado, tuvo que cargarla con un significado rebelde contra toda religión y toda "ley", tiempo más tarde, o sea, en la época de sus largas peregrinaciones entre los reformados. Se había enrolado en la orden dominicana impulsado por un arranque de entusiasmo por la misión de "los hijos de Dios", aun cuando había descubierto muy pronto que "eran todos asnos e ignorantes". Bien conocida es la insistencia con que Bruno ataca la "santa *asnidad*" y la "santa ignorancia", impregnando de nueva fuerza polémica un motivo polémico no

nuevo. Pero en los conventos de Nápoles no experimentó la *asnidad* de los "dioses de la tierra", puesto que el cuadro que presenta la vida monacal de Nápoles durante los años de Bruno, en el mismo convento en que él vivió, en los mismos años de su permanencia, es terriblemente tenebroso, aun en el descarnado lenguaje de los archivos. Menudean los hurtos, las rapiñas, las violencias, los abusos, los delitos sexuales de todo género, por no hacer mención de las escenas violentas y salvajes a que se abandonaban los frailes, prontos a echar mano a las armas y a atacar a hermanos y a extraños. Frente a las singulares experiencias de las que es documento *El candelero*, un historiador de Bruno se preguntó una vez dónde pudo haberlas vivido. Demasiado simple es la respuesta: el lugar donde era más fácil vivirlas todas, y de un golpe, era justamente un convento napolitano de aquella época.

Pero en la mente de Bruno venía madurando también un modo distinto de entender la vida religiosa, ligado a esas solicitaciones más profundas y más ampliamente difundidas que hemos mencionado. Fue aquí donde comenzó la crisis de su vocación, donde nacieron sus primeros conflictos con las autoridades de la Orden, y donde se generaron los dos primeros procesos napolitanos. Las imputaciones son muy significativas: "haber desechado ciertas figuras e imágenes de Santos y haberse quedado con un Crucifijo solo . . . ; haberle dicho a un novicio que leía la *Historia de las siete alegrías* (de la Virgen) en versos, qué quería hacer de ese libro: que lo arrojara y que se dedicara a leer más bien cualquiera otro libro, como por ejemplo la *Vida de los Santos Padres*". Desde la lectura de los Padres, en las ediciones de Erasmo, hasta el rechazo de las imágenes de los Santos, ya la orientación de Bruno se presentaba bien caracterizada: una apelación a la interioridad, un retorno a las fuentes originarias de la meditación cristiana. Y, al mismo tiempo, se advierte cansancio e indignación por la pedantería de los gramáticos, por la degeneración de los estudios humanísticos, por la corrupción del clero y por la perezosa y ridícula "asnidad" de los monjes. Las obras de Giordano Bruno no revelan solamente riqueza en admirables páginas de altura moral y profundidad especulativa; están pobladas de vivísimas figuras de pedantes y de embrollones, llenas de recuerdos y de anécdotas, de irónicas presentaciones de antiguos conocidos de Nola y de Nápoles, de retratos de cofrades del convento en el que se había consagrado a la regla dominicana. Todos esos buenos frailes están captados en la lectura de "groseras" supersticiones, sin "construcción ni sentido alguno . . . Y lo que es digno de compasión y mueve a risa, es que a estos libelos y tratados propios de borregos, ves acudir asombrado a Salvio, a Hortensio melancólico, al demacrado Serafín, al empalidecido Cammaroto, a Ambrosio envejecido, al enloquecido Gregorio, al abstracto Reginaldo, al hinchado Bonifacio; y al muy reverendo don Cucharón, lleno de infinita y noble maravilla, lo ves marcharse a lo largo de su sala, donde, desdeñado por el rudo e innoble vulgo, se pasea despreocupadamente, y meneando de aquí para allá las orlas de su literaria toga, meneando ya éste, ya el otro pie, hinchando ora hacia la derecha ora hacia la izquierda su gallardo pecho, con el texto sagrado bajo la axila, y con gesto propio de quien quiere arrojar esa pulga que oprime entre los dos primeros dedos, con su arrugada frente meditabunda, con cejas rígidas y redondeados ojos, en un rapto de hombre profundamente impresionado, que concluye con un grave y enfático suspiro, hará llegar al oído de los presentes, esta sentencia: *Huc usque alii philosophi non pervenerut* (No han llegado hasta aquí otros filósofos)".

La huida

Bruno huyó de este mundo de Don Cucharón, de este tipo de vida religiosa, a comienzos de 1576; huyó exasperado, y al mismo tiempo perseguido de acusaciones. Emprendía el camino transitado ya por tantos brillantes hombres de Italia, por tantos pensadores que fueron difundiendo por toda Europa ideas e ideales nuevos y solemnes: la tolerancia religiosa, el espíritu crítico madurado en la práctica de las disciplinas históricas y filológicas, el ansia de verdad y de libertad. Unos dos siglos antes, los precursores de estos desterrados inquietos habían estado hurgando en las bibliotecas claustrales del norte en busca de la luz y de los textos de la antigua sabiduría. De aquellos textos, de Platón como de Arquímedes, de Esquilo como de Euclides, había nacido un importante movimiento de investigación y de innovación, un movimiento cuyas consecuencias había derribado antiguas barreras, llegando mucho más allá de las metas previstas y anheladas. Los portadores de las nuevas ideas, frente a las censuras de toda índole, particularmente severas en una Italia donde, junto con las desdichas de las guerras y de los dominios extranjeros, se hacía cada vez más rígido el control de la Iglesia romana, habían optado por el silencio o el disimulo, o bien el exilio en tierras protestantes. Muchas veces son los grandes nombres de la historia de la tolerancia religiosa y de la libertad del pensamiento, de la paz entre los hombres y de la conquista de la verdad, de la defensa del derecho de gentes: ayer los Sozzini, mañana serán Alberico Gentili y Tommaso Campanella. Escapados de las cárceles y de las condenas, intolerantes de toda censura y de todo dogma, los vemos a lo largo de todo el Renacimiento junto a los grandes artistas y a los ingenieros y a los técnicos que difundían por toda Europa las conquistas de una civilización que alboreaba en el horizonte. Muy a menudo, el hereje errante era un técnico, o un político o un profesor; y por doquier llevaban con su saber el fermento de luchas en pro de nuevas formas de convivencia humana. Será en las postrimerías del siglo XV, un Filippo Bonaccorsi de San Gimignano el perseguido fugitivo frente a las condenas pontificias, el que llevará por tierra de Hungría y de Polonia el inquietante material epicúreo y la desprejuiciada sabiduría política. En el siglo XVI será un Giacomo Aconcio, muerto en su exilio inglés en 1567, no sólo pensador de cierto relieve, sino también un técnico, un inventor y un gran ingeniero militar. "Pendencieros e inquietos", como los juzgarán sus propios contemporáneos, incapaces de encontrar la paz aun en los países que los acogían, estos "herejes" italianos de la diáspora renacentista, se acompañaban de libros, de obras de arte, de máquinas; iban con su sufrida experiencia llevando por doquier gérmenes de rebelión, e instancias de renovación y de libertad. Como desterrados y perseguidos que eran, apelaban a la paz entre los hombres y a la tolerancia recíproca.
Éste fue también el camino de Giordano Bruno.

Por los caminos del exilio

No es nuestro propósito seguir a Bruno en sus primeros escritos y en sus primeras peregrinaciones: de Nápoles a Roma, de Roma al norte de Italia. Pero no puede pasarse en silencio aquel período de su permanencia en Roma, período oscuro y hosco por la acusación de que fue objeto y que, aun con la conciencia de que era falsa, le fue reiterada en la fatal denuncia de 1592: "haber arrojado al Tíber a quien lo acusó, o a quien creyó que lo había acusado ante la Inquisición". Roma era, por lo demás, durante aquellos años, según decían los contemporáneos, una ciudad muy singular: "poblada por espantosa cantidad de ladrones y asesinos", de facciosos y de bandidos, parecía el espejo de una sociedad en disolución. "También había hombres del siglo; pero muchísimos curas y frailes, abandonadas las iglesias y los conventos, se lanzaban a esta vida excecrable . . . Se producían frecuentísimos y gravísimos tumultos . . . un continuo robar y matar de día y de noche; muchos arrojados al Tíber: no tan sólo gente del pueblo, sino también monseñores, hijos de magnates . . . sobrinos de cardenales, eran eliminados del mundo". Por San Chirico, Siena, Lucca, Massa, Sarzana, Génova anduvo Bruno peregrinando por la Italia septentrional durante dos años: Noli, Turín, Venecia, Padua, Brescia, Bérgamo, Milán. Colgó y descolgó más veces sus hábitos dominicanos, enseñó "gramática" a los jóvenes y "la esfera" a los caballeros; imprimió en Venecia un librito, *El signo de los tiempos* (perdido), "para juntar un poco de dinero" que le permitiera sobrevivir. En 1578 había vuelto a vestir

los hábitos cuando decidió marchar a Lyon. Pero, al modificar su decisión, en lugar de ir a Lyon terminó dirigiéndose a Ginebra, a la sazón asilo de "herejes" de todas las naciones y de muchísimos italianos entre los cuales se contaba, particularmente ilustre, Gian Galeazzo marqués de Vico, que le prestó valiosa ayuda ("y este marqués con otros italianos, me brindaron espada, sombrero, capa y otras cosas necesarias para vestirme").

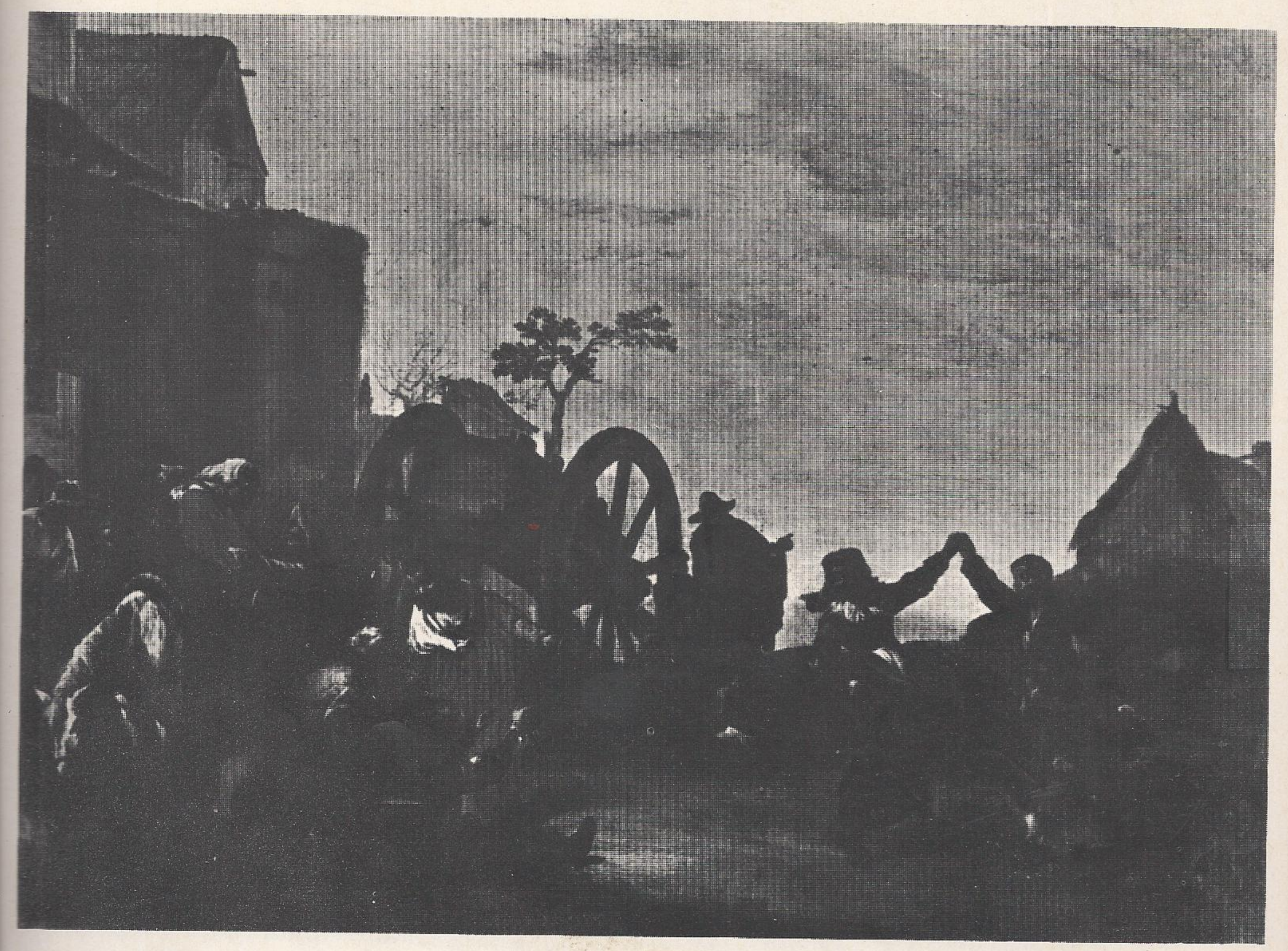
Fue así como Bruno, reemplazada la túnica por capa y espada, abrazó el calvinismo y se consagró muy pronto a disputar y a suscitar dudas y a editar críticas (—dice un documento de Ginebra de 1579— "las que hizo imprimir contra Antonio de la Faye"). Sufrió un arresto y un procedimiento ante el Consistorio, y luego acusaciones y retractaciones, y la necesidad de dirigirse a otras partes, nuevamente hacia Lyon y después a Tolosa, "donde existe un famoso *Estudio*". En 1586, hallándose en París, Bruno debe haber evocado el episodio de Ginebra y jactado probablemente de sus discusiones rebeldes. Pues en realidad, como se señaló muchas veces, se trata indudablemente de uno de los hechos más significativos de su vida, que muestra muy bien no sólo su carácter inquieto y polémico, sino también su profunda indiferencia respecto de todas las confesiones religiosas, ya se tratara de la Iglesia católica como de los grupos reformados. Ayer calvinista en Ginebra, mañana en Inglaterra cantará loas a Isabel, para exaltar a Lutero en Wittenberg en 1588. En el discurso de despedida de la Academia de Wittenberg, pronuncia do el 8 de marzo de 1588, presenta al pontífice romano como al "Cerebro tricípite, insigne por su triple tiara", finalmente destruido por el Hércules germano, o sea por Lutero. "Cuando aquel poderoso, armado de clavos y de espada, de engaños y de potencia, de astucias y de violencias, de hipocresía y de ferocidad, zorro y león, vicario del tirano infernal, envenenaba al universo con un culto supersticioso y una ignorancia más que brutal so color de sabiduría divina y de simplicidad grata a Dios; cuando a la bestia voracísima no había quien osara oponérsele y resistir...", hubo un Alcides más audaz que Hércules para aniquilar al "monstruo más grande y más peligroso de todos cuantos han existido a lo largo de tantos siglos". Cuatro años antes, en 1584, el mismo Bruno había editado *Expulsión de la bestia triunfante* donde, junto con la blasfema alegoría de Cristo, podía leerse una feroz condena contra la posición de los protestantes acerca de sus obras. Las expresiones de *Expulsión* son inequívocas en la transparente representación del centauro Quirón: "Y bien, ¿qué haremos con este hombre... en el que una misma persona está formada por dos naturalezas, y en donde dos substancias concurren en una hipostática unión? Aquí se unen dos cosas para formar una tercera entidad, y de esto no hay duda alguna. Pero es en esto donde reside la dificultad; es decir, si semejante tercera entidad engendra una cosa mejor que cualquiera de las otras dos, o que una de las dos partes, o en cambio más vil que ellas. Quiero decir, que si consideramos al ser humano unido con el ser equino, qué resulta de ello: ¿un divo digno de la silla celeste, o una bestia digna de str arrojada a un rebaño o a un establo?"

Por otra parte, junto a un rechazo de toda la experiencia cristiana, irreverente hasta rayar en la vulgaridad, nos encontramos con el durísimo ataque dirigido contra la Reforma, "la multiforme herejía" que "derrama el fatal veneno" de la discordia por toda Europa. Los reformadores constituyen una "apoltronada secta de pedantes" que enseñan una teoría absurda de la gracia y de la justificación por medio de la fe, desvalorizando las verdaderas obras, o sea, ese trabajo y esa actividad del hombre en el mundo, esa obra de las manos que para Bruno es esencial ("no por el bien que se haga, o por el mal que se deja de hacer, se convierte uno en digno y grato a los dioses; sino por confiar y por creer según su catecismo").

El apartamiento de Bruno de toda confesión, de todas las formas de religión positiva, se vincula estrechamente con su exaltación de la actividad dirigida al bien común, del compromiso terrestre en la acción civil. Su condenación de los protestantes —que toma formas categóricas— alcanza también a todos aquellos que no son miembros activos de las sociedades humanas, que son explotadores y parásitos de la labor de los demás: "viven del trabajo de los que han trabajado para ellos y para los otros, y que para los otros han levantado templos, capillas, *xeni* [habitaciones, refugios], hospitales, colegios y universidades; abiertos a ladrones y depredadores de bienes hereditarios ajenos; los cuales, si no son perfectos ni tan buenos, como dicen, no serán, sin embargo (como lo son) perversos y perniciosos para el mundo; pero más bien serán necesarios para la República, peritos en las ciencias especulativas, estudiosos de la moralidad, solícitos en aumentar el celo y el cuidado de servirse el uno con el otro y mantener el festín (al que se hallan ordenadas todas las leyes), proponiendo ciertos premios a los benefactores, y amenazando de ciertos castigos a los delincuentes". Contra los hombres industriosos, contra los ciudadanos de la ciudad terrena, contra los partidarios de una moral basada en las obras de bien común y de una verdadera ciencia en torno a las cosas reales, divagan los religiosos, y divagan en forma particular los protestantes que, "mientras dicen que protegen con sus mejores cuidados las cosas invisibles, cosas que ni ellos ni ningún otro jamás entendió, dicen también que para la consecución de las mismas basta tan sólo el destino, que es inmutable". Lo cual representa también un rechazo de toda la problemática de la gracia, del libre albedrío y de la predestinación. Y sin embargo, este áspero crítico de católicos, luteranos y calvinistas; este franco defensor de aquella severa actividad mundana que dos siglos de disputas filosóficas habían puesto en primer plano como deber primordial del hombre, justamente en *Expulsión*, por no citar diálogos de *De los heroicos furores* de 1585, ostenta páginas cargadas de profunda y sentida religiosidad. Frente al multiforme proceso de la naturaleza, frente a las manifestaciones diversas de la vida, frente a ese universo que se abre a su mirada en su infinita grandiosidad, Bruno se siente presa de profunda reverencia y sorprende y contempla por doquier lo divino, es decir, una fuerza animadora inmensa, infinita: "donde Dios todo... está en todas las cosas". De aquí nace una revaloración de las antiguas creencias, de esas creencias que no idolatraban cosas ni criaturas particulares, sino la naturaleza infinita, viva y activa que anida en las cosas particulares. "Aquellos sabios sabían que Dios está en las cosas, y la divinidad, latente en la naturaleza, obrando y brillando diversamente en los diferentes sujetos, y a través de diferentes formas físicas, con determinado orden, hace partícipes de sí, quiero decir del ser, de la vida y del intelecto... Ves, pues, como una simple divinidad que se encuentra en todas las cosas, una fecunda naturaleza, madre conservadora del universo, según las diversas formas en que se comunica, resplandece en diversos objetos y toma diversos nombres". Santos, divinos, todos los seres en cuanto manifestaciones de esa fuerza infinita, de esa naturaleza omnipotente que subyace en el fondo de todas las cosas y que no se agota en ninguna. Y si Dios no es la misma naturaleza, es sin duda la naturaleza de la naturaleza; y es el alma del alma del mundo, si no es el alma misma".

El impío Bruno, el blasfemador Bruno, escribe páginas y más páginas impulsado por este respeto reverente, por este culto "religioso" de la naturaleza y de la vida, por este vehemente entusiasmo por el mundo y por todas las criaturas del mundo. "Se asciende a la divinidad por la naturaleza... por la vida que brilla en las cosas naturales, se eleva a la vida que está más allá de aquéllas". Contrapone a los "asnos" contemporáneos, los antiguos adoradores de cocodrilos y de gallos, de cebollas y de nabos, porque en realidad ellos adoraban solamente la divinidad que da vida y fuerzas a todos los seres, que en éstos está presente, "como el Sol en el azafrán, en el narciso, en el heliotropo, en el gallo y en el león", porque la divinidad desciende "hasta las cosas mínimas por la propia comunicación de sí misma".

En la tradición de Bruno estaba toda la literatura humanista-renacentista, todo el



1

1. Roma: "bambocciata" [chiquillada], de M. Cerquozzi. Roma, Museos Capitolinos (Scala).

2. Autógrafo de G. Bruno en el Livre du Recteur *de la Academia de Ginebra.*

Philippus Brunus Nolanus, sacrae theologiae professor subscripsi
Die XX^a Maij 1579.

2

IORDANVS
BRVNVS NOLANVS
DE VMBRIS IDEARVM.

Implicantibus artem, Quærendi, Inueniendi, Iudicandi, Ordinandi, & Applicandi:

Ad internam scripturam, & non vulgares per memoriam operationes explicatis.

AD HENRICVM III. SERENISS. Gallor. Polonorúmque Regem, &c.

PROTESTATIO.

Vmbra profunda sumus, ne nos vexetis inepti.
Non vos, sed doctos tam graue quærit opus.

PARISIIS,

Apud Ægidium Gorbinum, sub insigne Spei, è regione gymnasij Cameracensis.

697

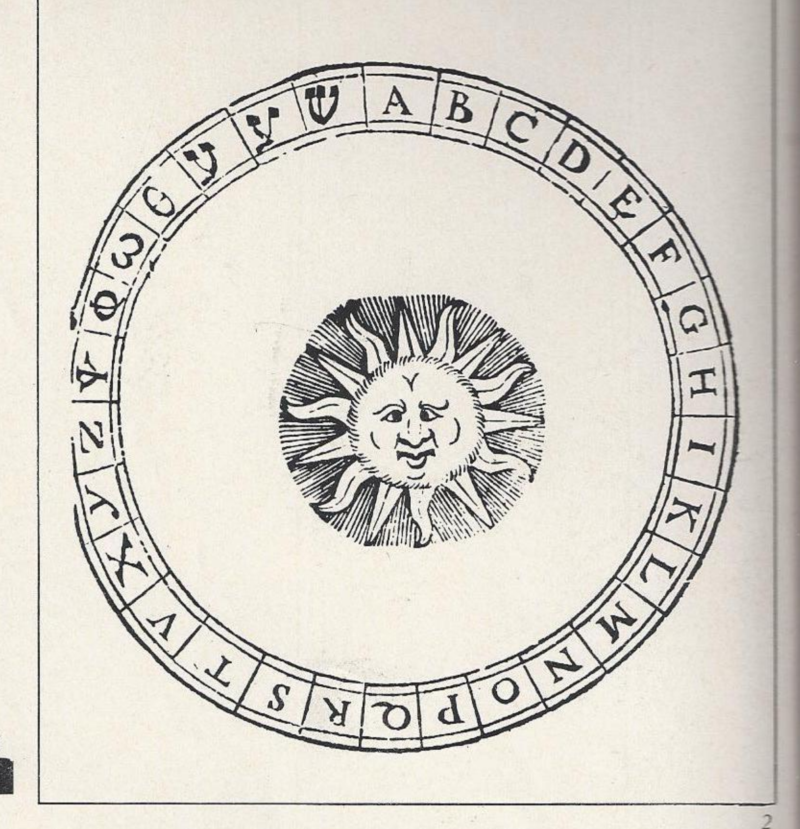
M. D. LXXXII.

CVM PRIVILEGIO REGIS.

1

DE VMBRIS IDEARVM.

TYPVS IDEALIVM INTENTIONVM.

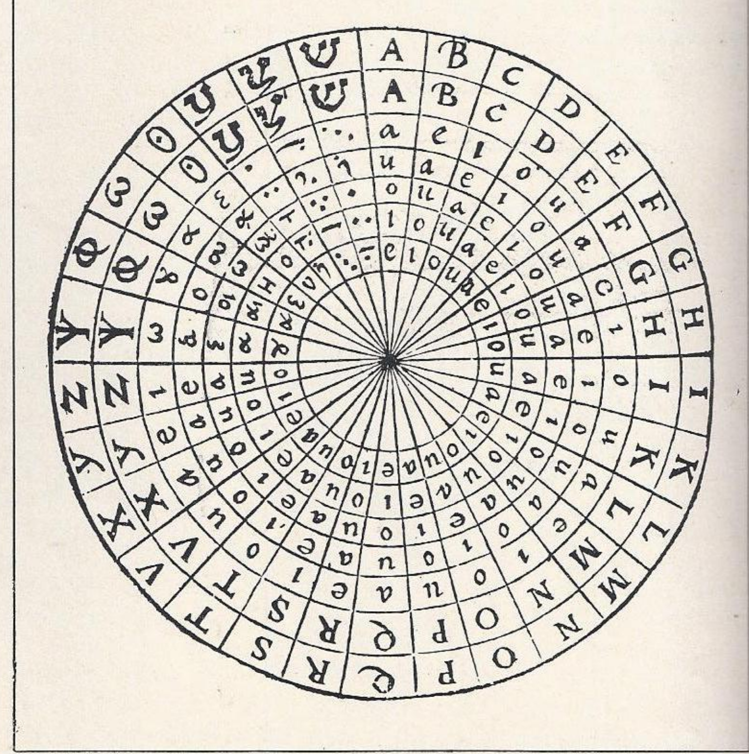


2



3

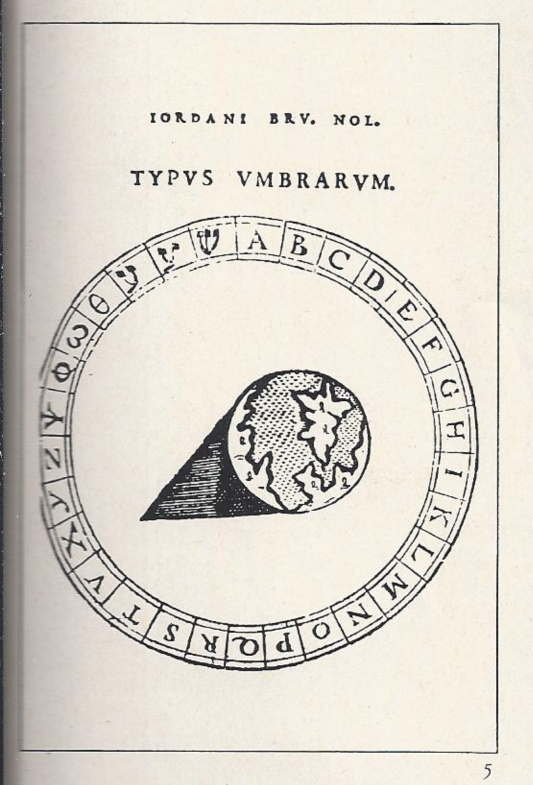
Quoniam difficile est quinque rotas in modicam contrahere latitudinem, vnam tantum apponimus ad cuius similitudinem sunt alia: eandemque non extensam sed contractam. Quandoquidem triginta præcipua vexilla ordinantur in circumferentiam: & subalternata singulorum quinque ordinantur in scalas à singulis ad medium.



4

1, 2, 4, 5. Portadas y páginas del De umbris idearum *[De las sombras de las ideas].*

3. Enrique III, de Francia. París, Louvre (Alinari).



5

arte, toda la ciencia de casi dos siglos, y una cultura que había defendido el retorno a las cosas, al mundo, y que en la realidad descubría un sentido nuevo, una nueva dignidad, una nueva santidad: sentido, dignidad y santidad que había que escrutar y comprender con los medios humanos, el sentido y la razón; que había que someter a los instrumentos humanos. Y se había generado así una nueva visión del todo y de su valor profundo; un retorno a la vida y a sus fuentes, una reconsagración del mundo, de su belleza, de su fuerza, de su bondad, de su alegría de vivir y de hacer. En una palabra, una nueva religiosidad, mezcla de libertad y de acción, plena de inteligente trabajo. "El intelecto y las manos" éstos son los dones que la divinidad ha transmitido al hombre para que pueda "formar otras naturalezas, otros cursos, otros órdenes". Del lado opuesto están los "asnos": aquellos que, renegando de la naturaleza, y por lo tanto de Dios, no proceden con libertad, carecen del orgullo que nace de la razón y de trabajo, pero ostentan la humildad que se satisface con la fe; no ejercitan la inteligencia, sino que se conforman con la autoridad. "Detuvieron los pasos, plegaron o negaron los brazos, cerraron los ojos, suprimieron toda atención y examen propios, reprobaron cualquier pensamiento humano, renegaron de todo sentimiento natural, y, al fin, se mantuvieron asnos". No piensan más: creen; "todas las potencias del alma concentran y unen en el oído, basta tan sólo escuchar y creer". Además de haber renunciado a la razón, han renunciado también al uso de las manos: "han engrillado los cinco dedos en una uña a fin de no necesitar extender las manos para tomar el fruto prohibido del árbol de la ciencia", y se privan así "de los frutos del árbol de la vida" y no pueden ya volver a "encender las luces de la potencia racional", pues para Bruno actuar y poder se hallan indisolublemente unidos. Asnos santos, asnos "que llevan los sacramentos", pero asnos siempre: "nuestros divinos asnos, privados del propio sentimiento y afecto, entienden únicamente lo que a las orejas les soplan las revelaciones, o los dioses o sus vicarios. Y por consiguiente, no saben gobernarse más que con las leyes que proceden de aquéllos. No se vuelven pues ni a derecha ni a izquierda, sino conforme a la lección y a la razón que les da el cabestro o el freno que los sujeta por el cuello o por la boca". Blasfemador e impío no es, pues, Bruno, sino el asno, el fraile, el sacerdote de toda religión revelada y, más en general, todo aquel que rechaza los dones divinos del intelecto y de las manos, y la santidad y espontaneidad de la naturaleza y de la vida.

Los escritos de Bruno y su lengua: obras latinas e italianas

Podemos volver así a Bruno, alejado ya de Ginebra y del calvinismo; volver a ese constante apartamiento tan propio de él, o a esa característica ironía polémica que lo enfrentó con la "fe", con todas ellas, y que irá tomando coloraciones diferentes según los momentos porque atraviesa, pero que será siempre coherente en el fondo: "enemigo de toda ley y de toda fe". Actitud esta en cuyo fundamento no habrá que ubicar la antigua vena racionalista del viejo averroísmo medieval (quizás no del todo desdeñable, aunque por cierto no determinante), sino la nueva concepción de la realidad mundana y natural, y del hombre y de sus obras. Para comprender verdaderamente a Bruno convendrá pues limpiar el terreno de vanas cuestiones en torno a su credo, y considerar en cambio las posiciones que en el terreno práctico fue asumiendo de acuerdo con las circunstancias.

Tolosa, París, Londres, Inglaterra; nuevamente París, desde fines de 1579 a mediados de 1586. Éstos son años de plenitud en la actividad del filósofo; enseñanza pública, disputas tormentosas, ilustres protecciones, tumultos engendrados por doquier por su ímpetu polémico, trabajos continuos, pero al mismo tiempo maduración de su pensamiento, apertura hacia grandes problemáticas, redacción y publicación de sus más célebres escritos; esto es, sus diálogos italianos. Son años grávidos de acontecimiembros y riquísimos en fermentos culturales. En Francia reina Enrique III, el monarca de la noche de San Bartolomé en la que había sido sacrificado el mayor campeón del antiaristotelismo humanista, "pedante", según Bruno: Pierre de la Ramée, el Ramus creador de una nueva lógica. Las conclusiones del Concilio de Trento de 1563 habían abierto el camino a la contraofensiva católica, particularmente eficaz en Italia en el campo del saber. Las obras de la nueva cultura son objeto de la censura e incluidas en el *Index*, aun cuando justamente por esos decenios, Bernardino Telesio reelabora y amplía en su forma definitiva esa "moderna" filosofía de la naturaleza que atraerá la atención de Francis Bacon y de la que partirá también Tomás Campanella; aun cuando en ese escorzo de siglo fructificará el germen sembrado por Copérnico y se irá formando la personalidad de Galileo.

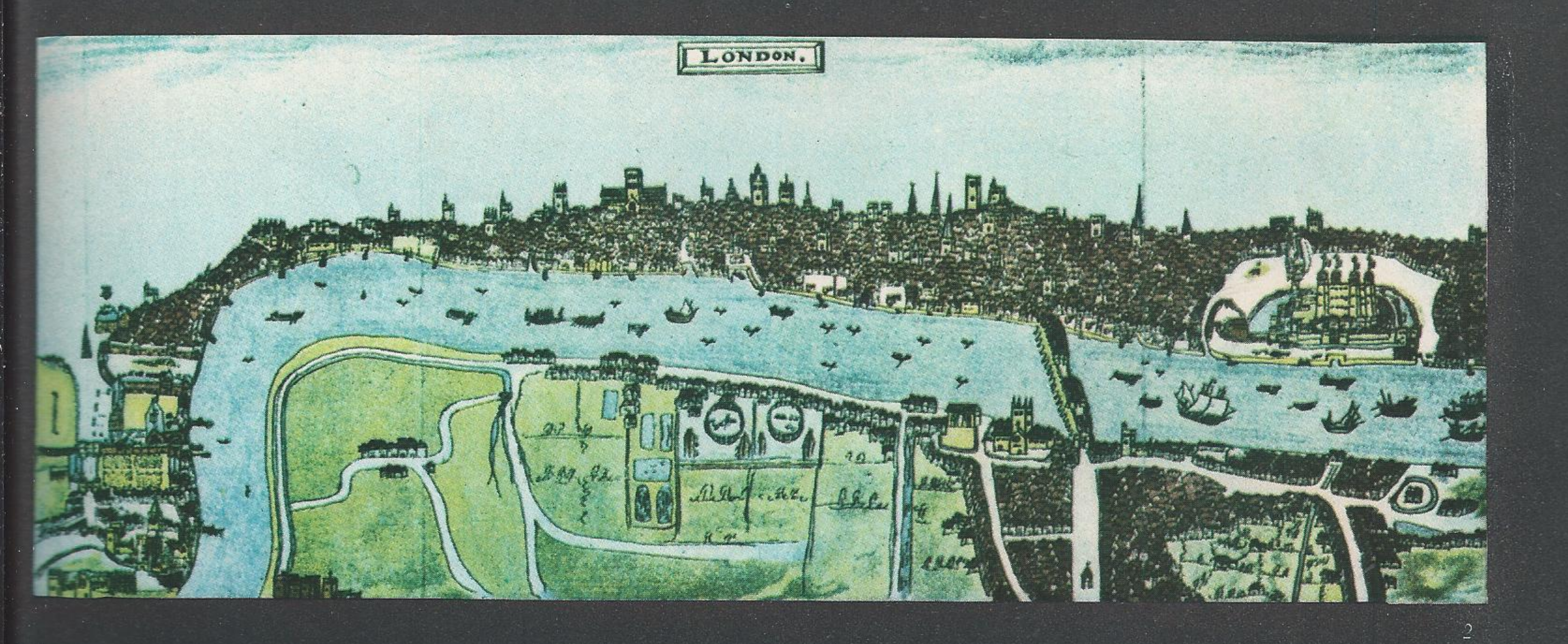
Es un momento complejo en el que se entrelazan viejas supersticiones y geniales intuiciones, en una Europa sacudida por violentos conflictos religiosos y por profundas transformaciones políticas, mientras se va ampliando el horizonte del mundo y gravitando cada vez más las conquistas de nuevas tierras, de nuevas técnicas y de nuevos conocimientos.

En Bruno encuentran resonancia todas las solicitaciones de una época, y todas las herenlias de la gran cultura del *Quinientos*: lo bueno y lo malo, los sueños mágicos y la exigencia de un saber científico riguro-

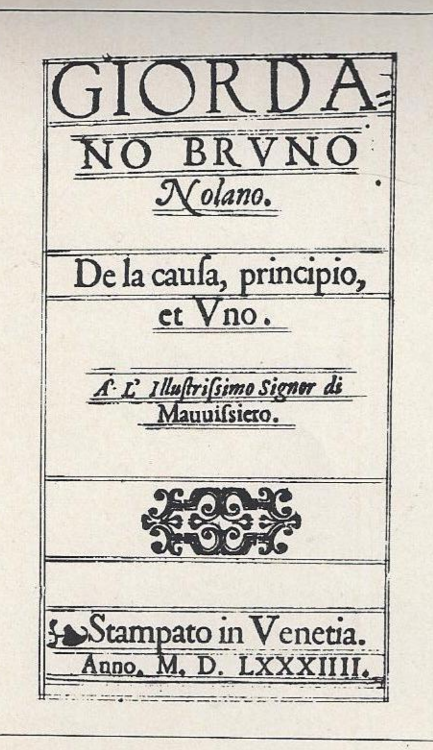


1. Isabel, reina de Inglaterra, escuela inglesa del siglo XVI. *Florencia, Galería Pitti.*

2. Vista de Londres en 1588, del maestro W. Smith. Londres, Museo Británico (de H. B. Wheatley, The History of London, *1904).*



2


GIORDA=
NO BRVNO
Nolano.
De la causa, principio,
et Vno.
A L'Illustrisimo Signor di
Mauuissiero.
Stampato in Venetia.
Anno. M. D. LXXXIIII.

1

GIORDA=
NO BRVNO
Nolano.
De l' infinito vniuerso
et Mondi.
All' illustrissimo Signor di
Mauuissiero.



Stampato in Venetia.
Anno. M. D. LXXXIIII.

2

CABALA
DEL CAVALLO
PEGASEO.
Con l' aggiunta dell' A-
sino Cillenico.
Descritta dal Nolano: dedicata
al Vescouo di Casamar-
ciano.



PARIGI,
Appresso Antonio Baio,
Anno 1585.



4

1. *Portada de* De la causa, principio et uno, *impreso en Londres en 1584. Florencia, Biblioteca Nacional Central, Landau Finaly 477 (G. B. Pineider).*
2. *Portada de* Del infinito universo y mundos, *impreso en Londres en 1584 (de V. Calvestrini,* Bibliografia *di G. Bruno).*
3. *Portada de* La cábala del caballo Pegaseo y del asno Cilénico, *impreso en Londres en 1585 (de V. Salvestrini,* Bibliografia di G. Bruno).
4. *Michel de Castelnau. Grabado de Gaspar Isac, de* Les mémoires *de messire Michel de Castelnau París, 1621.*
5. *Doctor en teología de Oxford, de* Oxonia Illustrata*, 1675.*



samente fundado. Las ambiciones de la "nolana filosofía" son grandes y alimentan tanto las obras italianas como las latinas en las que, durante aproximadamente un siglo, explota una reflexión a un tiempo genial y fantástica. La dificultad de marcar a fuego sus dificultades reside precisamente en la heterogeneidad, por lo menos aparente, de esta producción, en la variedad de sus elementos. Demasiados historiadores han caído en la seducción de separar en períodos diversos, en estadios sucesivos, las que en el fondo no son más que las múltiples facetas de una única realidad. No es casual que, en cerca de cuatro años, entre 1482 y 1486, vean la luz casi simultáneamente obras latinas del arte de la memoria, escritos lullianos, escritos aristotélicos, los grandes diálogos italianos, y *El Candelero*. Se sentirá realmente próximo a Giordano Bruno quien no se sorprenda de que en el mismo año, 1582, imprimiera un texto como el *De las sombras de las ideas*, complejo nudo de técnicas mnemónicas, de reminiscencias mágico-astrológico-herméticas insertadas en un fondo de metafísica neo-platónica, y *El Candelero*, comedia no indigna del siglo de *La Mandrágora*, donde se sometían a burlas atroces a los pedantes y a los alquimistas.

En realidad, Bruno dirigió siempre su batalla cultural contra dos frentes: *contra* la cerrazón de las religiones reveladas y positivas, en procura de un más alto sentido "religioso" de la naturaleza divina; *contra* el dogmatismo de los aristotélicos, *contra* la metafísica y la física de Aristóteles, y en pro de una lectura más abierta de la lógica y de la retórica del Estagirita; *contra* magos, astrólogos y alquimistas, en pro de una ciencia de la naturaleza más eficaz, al mismo tiempo que contemplativa, activa y operativa; *contra* la pedantería de los gramáticos humanistas, y en defensa de todo aquello que de vital y renovador había traído el humanismo. Y así como la lucha se desarrolló en dos frentes, así también combatió sobre dos planos: 1) en el plano de los estudios, de las universidades y de las academias, a través de las obras latinas escritas en diversos momentos con un lenguaje y argumentación apropiados, mediante el empleo de textos que se insertan en un momento preciso de la discusión europea; 2) en el plano de una cultura más abierta y desprejuiciada, de intelectuales no profesionales, de políticos y de hombres de acción, a través de las obras italianas, deliberadamente dialogadas, en las que las diferentes posiciones toman relieve y se identifican con los personajes, se conectan con la vida corriente, en tanto que las tesis contrarias derivan su fuerza de la eficacia dramática y estilística y de las referencias mordaces. Así tenemos, por un lado, poemas y tratados latinos, graves, técnicos, a veces muy "escolásticos", no siempre claros aun cuando a menudo profundos; por otro lado, una prosa italiana de vivacidad meridional, dirigida a todos, adaptada a todo artificio "propagandístico", y rayana en la cruda liberalidad de la comedia.

Vulgar, y latino; y vulgar italiano, entonces sumamente conocido también fuera de Italia. Dos planos lingüísticos, dos estilos, dos tipos de formas expresivas, para dos tipos de público, conforme con una exigencia que se hace sentir cada vez más en las corrientes de la nueva cultura, sobre todo durante la segunda mitad del siglo XVI, en la que se teoriza sobre la necesidad de "vulgarizar" la filosofía para llevarla al alcance de mayor número de personas, al margen del diafragma de una lengua casi cifrada y tecnificada al máximo, como era el latín de las producciones científicas y filosóficas. Hacía ya algunos decenios que en Italia había comenzado una producción "vulgar" de libros de ciencia y de filosofía, para facilitar —como se decía— su acceso a las mujeres y a los hombres de negocios. En Francia, Ramus da a las prensas en texto francés en el año 1555 su famosa *Dialectique*.

Ahora bien, de la misma manera en que debe tenerse bien presente el doble frente de la batalla bruniana, de la misma manera, no debe olvidarse nunca el doble plano en que se desarrolla, los dos tipos de público a los que sus obras están dirigidas: a la "escuela", las latinas: a los otros, las vulgares. Las diversas reflexiones, las diversas técnicas, los diversos modos de plantear los problemas, están condicionados por la diversa "dirección" de los escritos.

Los escritos latinos y el arte de la memoria

Como se ha dicho, el inquieto filósofo trata de sistematizar su vida en la universidad de Tolosa (esa misma Tolosa donde no muchos decenios después, el 9 de febrero de 1619, otro filósofo inquieto, Julio César Vanini, será horriblemente torturado y luego quemado vivo). Imparte primeramente y con gran éxito lecciones privadas; después, como maestro de artes y lector ordinario de filosofía, comenta a Aristóteles y finalmente, "por las guerras civiles", marcha a París donde permanecerá desde el verano de 1581 hasta principios de 1583, llegando incluso a despertar el interés de Enrique III por un escrito sobre el arte de la memoria (*De las sombras de las ideas*, de 1582). En tiempos recientes se ha supuesto abiertamente que Enrique III se sirviera de Giordano Bruno en una especie de misión secreta ante Isabel de Inglaterra para lograr un acuerdo contra el común enemigo español. En esta perspectiva política, *Expulsión de la bestia triunfante* (1584) ha sido como un panfleto político, en defensa del rey de Francia y contra las maquinaciones de España y de la Liga (F. A. Yates). De todos modos, e independientemente de esta audaz hipótesis, Bruno se traslada a Inglaterra en el séquito del embajador francés Michel Castelnau, marqués de la Mauvissière, y en Inglaterra permanece desde 1583 hasta noviembre de 1585. Se vincula con personalidades como Felipe Sidney y Fulke Greville; publica en tipografías inglesas sus diálogos italianos; discute tumultuosamente en Oxford donde, según parece, sostiene en público la doctrina de Copérnico, no sin violentas reacciones del tradicional ambiente oxoniense, y no sin grande diversión por parte de algunos espectadores (en este caso el arzobispo de Canterbury), que describieron caricaturescamente a ese hombre "pequeño, descarnado, con un poco de barba negra", que pronunciaba el latín con acento napolitano, y que para hablar se arremangaba "como un malabarista" (en realidad con el gesto típico de quien viste el sayo). También Bruno quedó desagradablemente afectado por la discusión, y habló más tarde con aspereza, en una conocida página de la *Cena del Miércoles de Ceniza* (1584) sobre la "pedantesca y obstinadísima ignorancia y presunción mezclada con una rústica incivilidad" de los doctores de Oxford. "Que os cuente... cómo quedó después de quince silogismos quince veces más embarrado que un carro, aquel pobre doctor... Que os cuente con qué falta de urbanidad y descortesía procedía aquel puerco, o con cuánta paciencia y humanidad el otro, que mostraba, en efecto, ser napolitano, nacido y criado bajo el más benigno de los cielos".

El conjunto de los diálogos italianos (*Cena del Miércoles de Ceniza*; *De la causa, principio y uno*; *Del infinito universo y mundos*; *Expulsión de la bestia triunfante*; *La cábala del caballo Pegaseo y del asno Cilénico*; *De los heroicos furores*) representa sin duda la culminación de su producción y tiene todo el sabor de la obra hecha de golpe, animada por una inspiración poderosa y por una exigencia profunda por afirmar y difundir una doctrina liberadora. Sin embargo, no es posible separar estos escritos del conjunto de toda la obra latina, en la que se insertan los diálogos.

Entre 1581 y 1583, en los círculos franceses, Bruno había tomado contacto con una problemática muy difundida entonces en Europa y, en ciertos aspectos, atrasada en relación con Italia, mientras que, desde otros puntos de vista, más desprejuiciada y libre. Los numerosos temas platónico-cabalísticos, herméticos, ocultistas y lullianos que allí se estaban debatiendo, constituían al mismo tiempo un reflejo y un desarrollo de un pensamiento que se había afirmado aproximadamente un siglo antes, especialmente en el ámbito de los intelectuales florentinos. Pero es indudable que en esa atmósfera ya bastante familiar para Bruno, fluctuaban ahora variados motivos científicos y religiosos desarrollados con una soltura digna de señalarse y que no se encontraba ya más en la cultura de la Italia post-tridentina. La misma doctrina

de Ramus, que a Bruno le repugnaba por la sospecha que mantenía viva frente a todas las degeneraciones gramaticales y retóricas, había significado un paso decisivo a favor de las investigaciones lógico-metodológicas activas en Italia a mediados del siglo XVI. Esta fue la atmósfera que lo incitó a desarrollar tanto su antiaristotelismo como a sus preocupaciones mnemotécnicas y lullianas expuestas en las obras latinas; es decir, en esas obras dirigidas deliberadamente a los miembros de las academias y de las universidades. De Aristóteles, combatió sobre todo —como Galileo más tarde— el equívoco enlace entre física y metafísica; y odió particularmente a los peripatéticos, o sea a todos los que repetían servilmente las teorías aristotélicas sin darse cuenta de su significado. Es la reivindicación de una filosofía *libre,* entendida como investigación autónoma, independiente de toda autoridad. En *La cena del miércoles de ceniza* concluye con una afirmación solemne; no importa que seamos buenos aristotélicos o buenos platónicos; lo que importa, es saber si la verdad se halla en nuestro horizonte. Dejemos de una vez la cuestión de los antiguos y midamos nuestras propias fuerzas. "Lo mismo da guardar miramientos con las filosofías por el hecho de su antigüedad, que pretender decidir si fue primero el día o la noche. En lo que debemos fijar el ojo de la consideración es si nos encontramos en medio del día y si la luz de la verdad se halla sobre nuestro horizonte o sobre el de los adversarios, nuestros antípodas; si somos nosotros los que nos encontramos sumidos en las tinieblas o son ellos; y en conclusión, si nosotros, que damos comienzo a la renovación de la antigua filosofía, estamos en la mañana para poner fin a la noche o por el contrario, estamos en la noche para poner fin al día."

Es por esto que Bruno no se enrola entre los "archipedantes" expositores de Aristóteles en un terreno formal, ya se trate del francés Ramus o del italiano Patrizi, aun cuando su simpatía se inclina totalmente por el "juicioso Telesio cosentino", y más aún por Niccoló da Cusa y por Copérnico, que "comprendió más en dos capítulos que Aristóteles y todos los peripatéticos en su ente filosófica". Él está con los "modernos", ya se trate de Palingenio Stellato o de Paracelso "médico hasta el milagro"; entre los antiguos —como lo eran muchos en su siglo—, elige a los primeros físicos, los pitagóricos, y con ellos a los adversarios de la Edad Media y aún del tardío medioevo, esos campeones del aristotelismo físico-teológico, una tradición que a partir de Raimundo Lullio (1235-1315) lleva hasta Niccoló Cusano (1401-1464), tradición que se mantenía muy viva en Francia. Con toda verosimilitud puede afirmarse que con Giordano Bruno casi se cierra un ciclo; un movimiento de ideas nacido y florecido en la Italia del siglo XV, un movimiento cuya temática es platonizante y pitagorizante y cuyo desarrollo se da en los círculos franceses (aunque también en círculos alemanes y españoles) con una recuperación de motivos del pensamiento medieval; este movimiento lo retoma finalmente Bruno, que no sólo lo reconoce como propio sino que, aprovechando las nuevas adquisiciones, tanto las medievales como las "modernas" (de Raimundo Lullio a Niccoló Cusano), opera una nueva síntesis y elabora una nueva concepción del mundo susceptible de explotar en grado máximo la visión verdaderamente revolucionaria de Copérnico.

Fácil es advertir que se trata de una convergencia de elementos múltiples, de una convergencia "tumultuosa", no pacífica, no organizada plenamente; pero sí, altamente sugestiva, y muy poco adecuada no sólo a las "escuelas" de los viejos peripatéticos, sino a las de los gramáticos que habían reducido la "nueva" cultura a dimensiones puramente filológicas y literarias.

En el centro de la meditación de Bruno se encuentra firmemente establecida la idea de la unidad fundamental del universo, entendido como expansión y expresión de lo Uno en formas y niveles múltiples, en una "escala de naturaleza" —como él mismo dice . Las líneas, las articulaciones de esta unidad fundamental se encuentran, al margen de todos los contrastes, con perfiles distintos pero simétricos en todos los planos y en todos los niveles en que se manifiesta lo Uno. De aquí la posibilidad de coordinar la variedad dentro de la unidad no sólo a través de agrupamientos sistemáticos y orgánicos plano por plano, sino también a través de una serie de correspondencias entre los diferentes planos.

La idea de una realidad constituida por contrastes y oposiciones, pero manifestación, al mismo tiempo, de una unidad fundamental que se expresa "contrayéndose" en las diferentes realidades, conecta a Bruno con el cardenal Cusano. Con Cusano lo conecta también la idea de que el universo, al expresar un ser absoluto desprovisto de todo límite, se despliega a su vez sin límite alguno, al infinito, y por consiguiente desprovisto de centro y de periferia(los centros no son más que puntos de referencia en el centro de un sistema dado).

El otro tema, el de una realidad no sólo ordenada en planos diferenciados (por ejemplo, de la materia elemental no viviente, de los seres vivientes, de las cosas celestes; o bien de las cosas y de las cualidades que se sienten, de la fantasía, del razonamiento), sino según clases o categorías dominadas por pocos principios fundamentales, aproxima al filósofo italiano a Lullio y a todos los que habían supuesto y suponían una trama esencial última de la realidad. En otras palabras, el desarrollo del todo, tanto en los fenómenos de la tierra como en los movimientos del cielo, tanto en los nexos del lenguaje como en las cadenas de los conceptos, reiteraría siempre, aun en diferentes niveles, un ritmo primario medido según formas originarias ligadas en una estructura fundamental. Más allá de las lenguas, una lengua única; en el fondo de las ciencias, sólo el esqueleto de una enciclopedia "divina". Resulta claro que en una perspectiva de este género, todo esfuerzo se encamina a apropiarse del sistema de los elementos y de las conexiones primarias, del alfabeto divino y de las reglas de todas las combinaciones posibles, para llegar a la ciencia universal. Por otra parte, y siendo cada plano real simétrico y correspondiente a todos los demás, cada uno de ellos será "signo", o el conjunto de los "signos de los demás, pero será también "significado" de los demás. Es importante alcanzar por "arte", o sea, a través de técnicas científicamente válidas y dados los elementos primeros (las letras del alfabeto del universo), el mecanismo de su ligazón, el sistema de las conexiones, llegando así no solamente a la enciclopedia del saber, sino al sistema de todos los planos o niveles del conocimiento y de la expresión. En el límite se percibe la construcción de una maquinaria lógica capaz de brindar el conocimiento total y el poder absoluto.

Éste es, obviamente, un punto muy impreciso en esa parte del pensamiento de Bruno que, partiendo de las "sombras", o sea de lo que aparece, va tratando de establecer el sistema que regula cada uno de los planos (la *Clavis universalis magna,* tal como rezaba el título de una obra, quizás de 1582, perdida para nosotros), organizando sus elementos por categorías, fijadas bajo "signos" capaces de ordenarlas para el funcionamiento de las técnicas adecuadas a cada campo, aun cuando su atención se va polarizando a menudo en la dirección de las técnicas memorativas, que parecen tener un lugar privilegiado en el arte de discurrir, de disputar, y en la edificación de las ciencias en general.

Los diálogos italianos

Si éste es el fondo del pensamiento de Bruno (y es también la línea que lo une a un conspicuo y no agotado filón de la filosofía europea), los escritos que más gravitaron y que mejor expresan la fecundidad de su meditación, se hallan representados por el conjunto de diálogos italianos, en los cuales, aun en su forma personalísima, es fácil seguir el desarrollo coherente de una concepción verdaderamente renovadora. No es, pues, por azar, que los cinco diálogos de la *Cena del miércoles de ceniza* (Londres, 1584) constituyen a un tiempo el prólogo y el punto de referencia que se dan en forma constante. Después de la decepcionante experiencia de Oxford, Bruno parece buscar refugio en Londres entre los "gentilhombres" del mundo isabelino, llenos de curiosidad por las novedades científicas, y hartos de la decadencia retórico-gramatical del aristotelismo humanista. La imagen del universo ha cambiado después de Copérnico. ¿Qué peso tienen, que significado



1. Hermes Trismegisto, detalle del pavimento del Duomo de Siena (Scala).

1

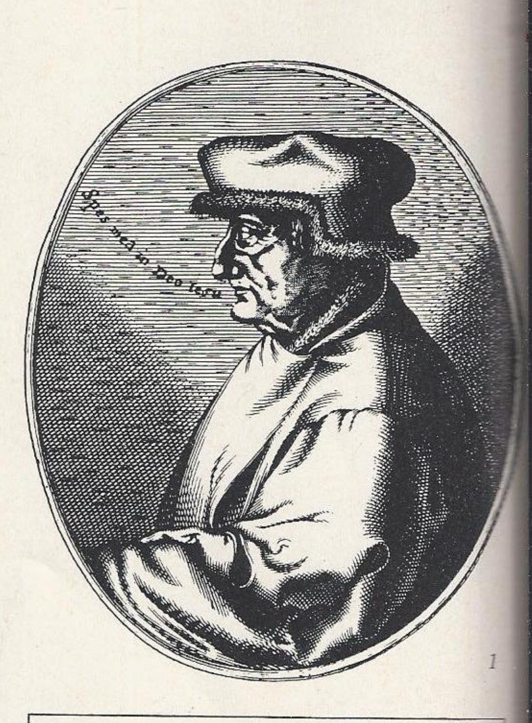
entrañan las nuevas concepciones astronómicas? ¿Qué consecuencias acarrean y qué implican? La respuesta de Bruno señala sin duda un momento culminante. En el centro de los diálogos no encontramos más los ataques contra los pedantes; encontramos, en cambio, algunos temas en torno de los cuales se agitarán en los decenios sucesivos las investigaciones y las reflexiones de hombres como Galileo, Kepler y Descartes. Y en primer término, nos encontramos con la libertad de la investigación en contra de toda clase de autoridad: no se trata de sustituir a Ptolomeo por Copérnico, sino los "mundos de papel" por el propio juicio ("el Nolano respondió que no veía por los ojos de Copérnico ni por los de Ptlomeo, sino por sus propios ojos en lo que al juicio se refiere"). La investigación científica es igualmente autónoma en relación con cualesquiera religiones reveladas, y esto, independientemente del rechazo bruniano de toda fe. Los derechos de la autonomía científica valen también para los creyentes, en el ámbito de las iglesias. Bruno formula con extrema claridad, y en los mismos términos que empleará Galileo, las razones en que funda semejante autonomía. Los textos sagrados tienen una finalidad práctica, educativa; son "leyes", no manuales científicos. Por eso van dirigidos a todos y usan con frecuencia, al referirse a cuestiones científicas, un lenguaje impropio, mitificador, imaginario y fantástico. Bruno expone en breves frases lo que Galileo discutirá en muchas páginas: "Como con toda claridad puede ver cada uno, en los libros divinos . . . no se tratan especulaciones y demostraciones acerca de las cosas naturales, como si fuera filosofía . . . pero por medio de las leyes se ordena la práctica acerca de las acciones morales. Teniendo, pues, el legislador divino este fin ante sus ojos, en las demás cosas no se cuida de hablar conforme esa verdad que no aprovecharía a los vulgares para retractarse del mal y adherirse al bien: a este respecto, el pensamiento deja a los hombres contemplativos: y habla al vulgo de tal manera que, según su modo de entender y de hablar, pueda comprender lo que es principal." Y adviértase que aquí Bruno no establece distingo alguno entre vulgo y doctos ("contemplativos"). Afirma que los textos revelados hacen tal distingo; pero él, justamente poniendo al alcance de su vulgar lengua las conquistas de la nueva ciencia, se dirige a todos.

El otro nudo de la obra es su reluctancia a considerar la teoría copernicana como una mera hipótesis matemática elaborada con el fin de dar razón de los movimientos de los cuerpos celestes tal como aparecen. Como es sabido, el teólogo protestante Andrea Osiender ("no sé . . . [que] asno ignorante y presuntuoso", dice Bruno) al publicar en Nuremberg en el año 1543 la grande obra de Copérnico, suprimió la introducción del autor reemplazándola con un "prologuito" anónimo escrito por él mismo, en el que exponía esa interpretación de la obra (para "los otros asnos"). En realidad, y en esto insiste Bruno, la concepción copernicana presenta una visión "filosófica" de un universo real. Entiende referirse a la realidad, subvirtiendo los términos tradicionales e introduciendo una revolución profundísima en el modo de concebir al cosmos y al hombre, y la relación entre hombre y realidad.

Finalmente, el tercer punto consiste en la fusión de la revolución copernicana con la tradición filosófica, particularmente con los temas derivados de Cusano. La operación que ha cumplido Bruno en este aspecto es de la mayor importancia. La teoría de Copérnico no subvierte tan sólo la ciencia, la astronomía: renueva totalmente la concepción del mundo. Niccoló da Cusa, cuya honda influencia Bruno debía haber hallado especialmente viva en los círculos franceses a través del concepto de infinito (mundo infinito, contrarios que se encuentran en el infinito), había elaborado una visión muy lejana de la visión aristotélica. Sin embargo, sus reflexiones habían quedado ligadas a concepciones matemáticas muy discutibles y a conclusiones de carácter místico. Sin embargo, merced a un proceso de extrema audacia, Bruno se sirve de la "metafísica" de Cusano del infinito (y de los contrarios) para hacer saltar los límites del mundo aún finito de Copérnico, de igual modo que se sirve de la realidad, de la física del mundo copernicano, para dar corpulencia al infinito de Cusano. De la unión entre metafísica "cusaniana" y "ciencia copernicana nace una flamante concepción del mundo que suministrará los esquemas mentales para las mayores conquistas del pensamiento tanto en el campo de la filosofía coom en el de la ciencia. La visión revolucionaria de Bruno se halla a espaldas mismas de Kleper —y Kepler lo sabe y lo confiesa; Galileo y Descartes prefieren no confesarlo aun cuando esos lazos no pasan desapercibidos para los adversarios.

De todos modos, ya en la *Cena del miércoles de ceniza*, Bruno comienza a extraer las consecuencias de su toma de posición; consecuencias, algunas de las cuales son muy importante a los fines del desarrollo de las ciencias; tal como el rechazo de la esfera de las estrellas fijas ("las demás estrellas del cielo no son ni más ni menos fijas que esta estrella que es la tierra, y se halla fija en el mismo firmamento, que es el aire"), de la oposición peripatética entre cielo (perfecto) y mundo sublunar (imperfecto); y como la formulación, que ya se daba en parte en Cusano, de un principio generalísimo de relatividad.

Así se va definiendo esa poética visión del todo que irá articulándose en los grandes diálogos *De la causa* y *Del infinito*: "Uno es el cielo, el espacio inmenso, el seno, el continente universal, la etérea región por la cual discurre y se mueve el todo. Aquí



1

LA
CENA DE
le Ceneri.

DESCRITTA IN
CINQVE DIALOGI, PER
quattro interlocutori, Con tre considerationi, Circa doi
suggetti.

All' unico refugio de le Muse. l' Illustriss. Michel di Castelnouo. Sig. di Mauuissier, Concressalto, et di Ionuilla, Caualier del ordine del Re Christianiss. et Consegliier nel suo priuato consegio. Capitano di 50. huomini d'arme, Gouernator et Capitano di S. Desiderio. et Ambasciator alla serenisss. Regina d' Inghilterra.

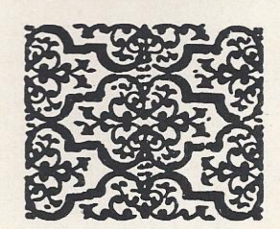
L' vniuersale intentione e' dechiarata nel proemio.
1584.

2

GIORDA=
NO BRVNO
Nolano.

DE GL' HEROICI
FVRORI.

*Al molto illuſtre et eccellente Ca=
ualliero, Signor Phillippo
Sidneo.*



PARIGI,
Appreſſo Antonio Baio.
Anno. 1585.

3

SPACCIO
DE LA BE=
STIA TRION-
fante, propoſto da Gioue,
Effettuato dal conſeglo, Re-
uelato da Mercurio, Recitato da So-
phia, Vdito da Saulino, Regi-
*ſtrato dal Nolano. Diuiſo
in tre Dialogi, ſubdi-
uiſi in tre parti.*

*Conſecrato al molto illuſtre
et eccellente Caualliero Sig.
Philippo Sidneo.*

Stampato in Parigi.
M. D. LXXXIIII.

4

1. *Copérnico. París, B. N.* (Snark).

2. *Portada de la* Cena del miércoles de ceniza *(de V. Salvestrini,* Bibliografia di G. Bruno*).*

3. *Portada de* De los heroicos furores *(de V. Salvestrini,* Bibliografia di G. Bruno*).*

4. *Portada de* Expulsión de la bestia triunfante. *Florencia, Biblioteca Nacional Central, Landau Finaly 473* (G. B. Pineider).

5. *Retrato de Philip Sidney. Londres, Galería Nacional.*



5

1. *De P. Apiani,* Astronomicum Caesareum, *Ingolstadt, 1540. Florencia, Biblioteca Nacional Central* (G. B. Pineider).

están las innumerables estrellas, astros, globos, soles y tierras que sensiblemente se ven, y también están los infinitos que racionalmente se argumentan. El universo inmenso e infinito es el compuesto infinito que resulta de tal espacio y de tantos cuerpos en él comprendidos." Cada vez más la fuente infinita, la unidad absoluta, la sustancia fundamental, se presentan en Bruno como una naturaleza divina inmanente que se expresa en los infinitos aspectos, realidades, infinitos rostros que se agitan en contrastes destinados a aplacarse en el regazo infinito. "Son tierras infinitas, son soles infinitos, es éter infinito... Y son diferentes especies finitas." Y todo pasa, sin que se empobrezca la unidad fundamental; muerte y vida; alegría y dolor, noche y día, son los polos entre los cuales oscila la aventura sin fin del ser. "Veremos que no existe la muerte no sólo para nosotros, pero para ninguna sustancia; mientras nada sustancialmente se pierde, sino que todo lo que por el infinito espacio va discurriendo, cambia de rostro."

Por encima de los muchos problemas exegéticos que se le plantean al lector, queda firme esta visión renovadora. Frente a los espacios infinitos, al tiempo sin límite, a las vicisitudes alternativas, a la vida y a la muerte, Giordano Bruno experimenta una sensación de alegría. Asomándose más allá de la doméstica imagen de un mundo finito, protegido por las grandes alas de una potencia divina, la mente de Bruno no se amedrenta: tiene la sensación de liberarse de una prisión: "No son fines, términos, márgenes, murallas los que deterioran y destruyen la infinita abundancia de las cosas."

Una moral de la actividad

Dentro de esta visión del mundo madura una perfecta concepción moral compatible con ella y que se articula en dos momentos: 1) de la liberación del vicio y de la superstición (indisolubles entre sí); 2) de la conquista de la virtud y de la verdad, también indisolubles entre sí. La *Expulsión* y *De los heroicos furores* son los dos polos de la ética de Bruno. En *Expulsión* la razón humana ("el acto del raciocinio del interno consejo"), "da salida a la bestia triunfante, es decir, a los vicios"; el alma se libera de los errores "por el amor de la belleza que se ve en la bondad y en la justicia natural, y por deseo de voluptuosidad consiguiente a los frutos de aquélla". Sin embargo no descuida la fábula mitológica que envuelve a los diálogos; vicio y error, culpas y supersticiones están ligadas entre sí. La liberación de la voluntad es también liberación de la mente; y no por azar se halla tan presente en *Expulsión* la polémica religiosa, y tan alto el elogio de la verdad ("la verdad es la cosa más sincera, más divina de todas; más aún, la divinidad y la sinceridad, la bondad y la belleza de las cosas, son la verdad").

Nace de allí una ética de la actividad, un himno al trabajo, un elogio conjunto de las manos y del intelecto ("no contemples sin acción, y no obres sin contemplación"). De aquí la burla del mito de la edad del oro. La humanidad no ha nacido en la felicidad paradisíaca. Se ha formado en la necesidad, en la pobreza, en el trabajo: "Y siempre de día en día, a través de la indigencia y de la profundidad del intelecto humano se excitan nuevas y maravillosas invenciones" aun si el progreso y las conquistas de la laboriosidad humana parecen ir acompañados, en una necesaria dialéctica, con los vicios ("de las injusticias y maldades que crecen junto con las industrias, no debes maravillarte").

Es justamente en *Expulsión* donde la condena de la superstición parece asociarse constantemente con una precisa formulación de la religión de la naturaleza ("en todas las cosas se encuentra una fecunda naturaleza, madre conservadora del universo"), mientras que en *De los heroicos furores* se acentúa la visión de lo infinito y la celebración del esfuerzo que el hombre hace para sobrepasar "heroicamente" todos los límites y todos los confines. Era éste un modo de subrayar en formas poéticas, aun cuando a veces un tanto tradicionales, el incontenible impulso humano más allá de todas las posiciones alcanzadas, por la supremacía de la verdad. Y también se hallaba al final, una especie de escorzo autobiográfico en la pintura del investigador, que se hace solitario y casi salvaje, cazador de la verdad desnuda, lejos de los hombres, en contacto con la naturaleza, hasta convertirse totalmente en mirada dirigida al horizonte infinito, y no más perseguidor y cazador, sino presa de la verdad y por ésta totalmente conquistado y dominado. "De civil y popular se transforma en salvaje como ciervo y morador del desierto; vive ricamente en medio de esa grandiosidad de la selva, vive en las estancias no artificiosas de los cavernosos montes, donde admira la vida de los grandes ríos, donde vegeta intacto y puro de ordinarias codicias... Donde no mirará más a través de agujeros ni de ventanas... sino que, habiendo derribado todos los muros a tierra, todo es ojos frente al aspecto del horizonte entero... Donde el furioso se enorgullece de ser presa de Diana, a la que se rinde, y de quien se considera feliz consorte y más feliz, malo [prisionero] y subyugado."

De París a Wittenberg, a Praga, a Helmstädt y Francfort

Se cierra el paréntesis inglés aun cuando quedó en Inglaterra un eco constante de ese meridional aventurero y extraño que perturbaba con su genialidad. Y si no fue, como fantasearon algunos historiadores, el modelo inspirador de Hamlet, el recuerdo de su agitada investigación se descubre a menudo también en escritores conspicuos. Baste señalar su presencia en la famosa "Anatomía de la melancolía" (*The anatomy of Melancholy*), de Robert Burton, tantas veces reeditada después de 1621. A fines de 1585 Bruno vuelve a París. Parece que en Londres había compuesto los primeros tres libros del mayor de sus poemas latinos: el *De inmenso*. Vuelve a escribir sobre Aristóteles, sobre el arte de la memoria. Dirige grandes elogios a los descubrimientos "casi divinos" del salernitano Fabrizio Mordente, matemático que cuadraba el círculo, o escribía sobre "la ciencia de los residuos, del compás y la línea". El 28 y el 29 de mayo de 1586, en el Colegio de Cambrai, pronunció un discurso invitando a los lectores del Colegio Real a abandonar a Aristóteles, y atacó el peripatetismo de su alumno Giovanni Hennequin. Se produjeron expresión de indignación y tumultos, a tal punto que a comienzos de junio Bruno tuvo que alejarse para trasladarse a Alemania. Por Maguncia y Marburgo pasó a Wittenberg donde se detuvo finalmente en el mes de agosto. El gran jurista Alberico Gentili, que había conocido en Londres, le ayudó y lo introdujo en la universidad, y siguiendo su consejo comenzó a comentar el *Organon*. Transcurre para Bruno un período de aproximadamente dos años de sosiego y de trabajo. A través del *De lampa de combinatoria*, un nuevo texto lulliano, simpatiza con sus oyentes alemanes que, aun enfrentados con doctrinas no tradicionales, escuchaban con atención. "No sentí el vocerío diabólico de las aulas de Tolosa, de París, de Oxford; a ninguno vi que torciera la nariz, ni rechinara los dientes, ni hincharse, ni agitarse, ni pisotear, para excitar contra él el furor de los estudiantes; a todos vi contenerse, por cortesía y doctrina, al punto de manifestarse ante él y ante sí mismos como sapientes."

Goza de la libertad para la investigación, y dedicando en 1588 a Rodolfo II sus 160 *Articulo adversus mathematicos* formula casi una abierta profesión de duda metódica: "No se detiene en los usos familiares ni en los preceptos de los maestros, ni en el sentido común que con mucha frecuencia nos engaña." Y prosigue: "Considero dudosas no sólo las cosas que parecen dificilísimas y absurdas, sino también aquellas que se presentan como las más ciertas y evidentes. Porque es prejuicioso definir las cosas antes de que hayan sido ponderadas; injusto juzgar en obsequio a los demás; mercenario servil y contra la dignidad de la humana libertad, adherirse y someterse a cualquiera; estupidísimo creer por costumbre; irrazonable aprobar basándose en la gran cantidad de quienes piensan de la misma manera... Dotado de sentimiento y de inteligencia por la gracia divina, llamado y tenido por juez en causa, sería torpe e ingrato, sería indigno de participar de la luz divina, si me constituyera en campeón de las doctrinas ajenas, si descuidase de mirar, sentir, juzgar por mí mismo... Gri-

te, quien grite, que hay que bajar y cerrar los ojos que Dios nos ha dado abiertos y dirigidos a lo alto: desperdiciaría tiempo y energías. No esconderé lo que veo, no temeré en continuar hallando insultos y amenazas de las multitudes... excitadas por la envidia, por la malicia y por la ignorancia de los Aristarcos y de los archimandritas de las academias."

Contrastes religiosos, pero también inaplacada inquietud, lo obligan a abandonar Wittenberg. Las alternativas de las cosas se presentan con un eterno retomo; nada nuevo bajo el sol. El 8 de marzo de 1588, poco antes de partir, escribe en el álbum de Hans von Warndorff los versículos del *Eclesiastés* que interrogan sobre la condición del hombre. De Wittenberg a Praga, de Praga a Helmstätd: 300 taleros recibe en Praga de Rodolfo II; 80 escudos de Helmstädt por una *Oratio consolatoria* por el difunto duque Julio de Branschweig, juntamente con una excomunión del pastor de la iglesia local. Dicta a Girolano Besler algunos opúsculos de temas mágicos y lullianos. Prosigue con sus poemas latinos, y en julio de 1890 prepara la impresión en Francfort donde, tras un invierno pasado en Zurich (había sido expulsado por la autoridad de Francfort) vuelve en la primavera del año siguiente. Aquí ve la luz la trilogía que, de alguna manera, presenta en versos y es prosa latinos, la ordenación definitiva del pensamiento de Bruno: *De triplici minimo et mensura* (aparecido en febrero de 1891); *De monade numero et figura; De innumerabilibus, inmenso et infigurabili, seu de universo et mundis.* En el *De inmenso,* a lo largo de sus ocho libros, se halla en su última formulación la *summa* de la "nolana filosofia": el rechazo del peripatetismo, híbrido connubio entre física y metafísica; el copernicanismo; Cusano; las experiencias de una vida entera. Por un lado Aristóteles: "deplorable anciano, durante tanto tiempo el cielo, los astros, el admirable orden de este mundo, recorriendo ante tus propios ojos su aventura, dieron materia a tus sentidos: y tú, en cambio, sumiso, apartando la vista y el oído del libro, de la luz de la voz de la Naturaleza, has escrutado neblinas deshojando libros nebulosos, inclinado, encorvado, jorobado como Atlas plegado hacia adelante y oprimido por el peso del cielo que no alcanza a ver. Así es como tú pescas del río de Estagira con la red de la fantasía, necesades monstruosas en el esfuerzo de robustecer un sentido infantil sacudido por múltiples razones, hasta que pomposos funerales acojan a tan grande doctor, y el espíritu vuele hacia el quinto elemento, o sea hacia los astros. Pero vamos, venerado anciano: ¡disfruta finalmente de la paz!, respira y goza de un cielo mejor; levántate y sal ahora de esta cerrada cárcel". En contra de Copérnico "cuyo ingenio no fue tocado por la infamia del siglo oscuro... Oh, generoso Copérnico, cuyas enseñanzas llegaron a mi mente en los tiernos años, cuando creía ajenas al sentido y a la razón las cosas que ahora toco con las manos". Copérnico le develó "el bellísimo rostro de lo realidad"; con él, y con la ayuda de los razonamientos matemáticos, descubrió la Naturaleza.

Así llega Bruno a reanudar, no sin fermentos nuevos, la temática de los diálogos italianos, ordenándola en poemas "lucrecianos" comentados en doctas notas en las cuales, sin embargo, una pesada doctrina asfixia a veces el intraducible ímpetu del texto vulgar.

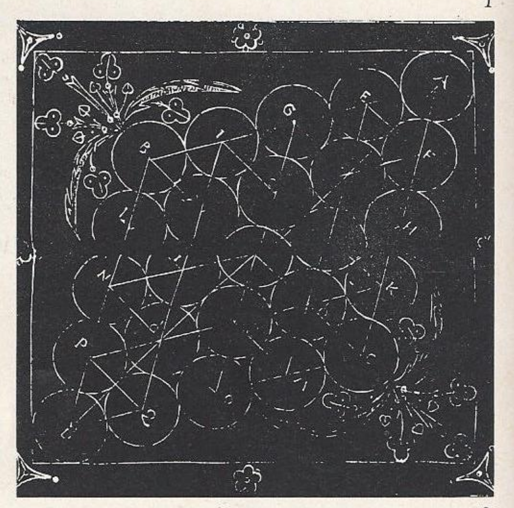
El retorno a Italia

Así comienza la tragedia. Juan Mocenigo, patricio veneciano, después de haber visto el *De minimo* en manos de un librero que lo había traído de Francfort, lo invitó repetidas veces a Venecia "para que le enseñara el arte de la memoria y de la inventiva". Y en 1591 Bruno se encontraba ya en Venecia aunque no precisamente en la casa de Mocenigo, sino *a camera locanda* [en una habitación de albergue], para viajar después a Padua, donde había de encontrarse con Besler —su fiel discípulo— que le transcribe algunas obras. Parece que en Padua compuso dos escritos matemáticos (*Praelectiones geometricae* y *Ars deformationum*) recientemene encontrados y publicados (por Giovanni Aquilecchia). Su permanencia en Padua, su encuentro con Besler, sus lecciones paduanas "a ciertos alumnos alemanes" y sus escritos matemáticos, replantean las causas de su retorno a esa patria suya en la que todavía imperaba la "tiranía" tan cargada de amenazas para el desterrado. Si la hipótesis, no corroborada por documentos fehacientes, de un preciso programa renovador ha de ser considerada probablemente deba serlo junto con la de una misión diplomática secreta en Inglaterra (con *Expulsión*, panfleto político); si la nostalgia que siente por su patria tiene que relegarse entre sus sueños románticos (cuántos son los actos humanos, especialmente los más desconcertantes, que nacen verdaderamente de "sueños románticos"), es indudablemente sugestiva la tesis (de Aquilecchia) según la cual uno de los motivos que empujó a Bruno al retorno a Italia, pudo haber sido también la esperanza de obtener un cargo para la enseñanza en Padua. Y justamente de enseñanza de la matemática, cátedra que a la sazón se encontraba todavía vacante y que cubrirá, no mucho tiempo después, en setiembre de 1592, Galileo Galilei.

Era sin duda muy grande la capacidad que Bruno tenía de hacerse ilusiones acerca de las posibilidades de su carrera universitaria; y es sugestiva, de cualquier manera, la idea de aproximar en cierto modo, como competidores de la misma cátedra a Giordano Bruno y a Galileo Galilei. Cierto es que si Bruno cultivó ilusiones de esta naturaleza, bien pronto tuvo que desvanecer-



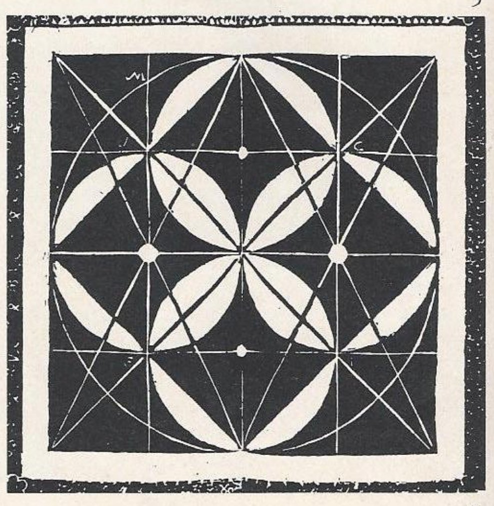
1



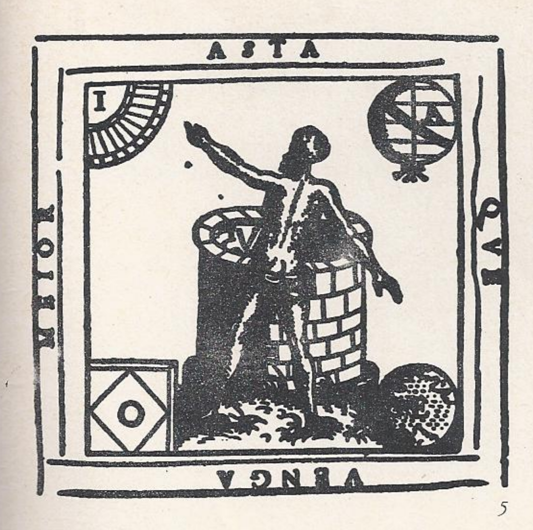
2



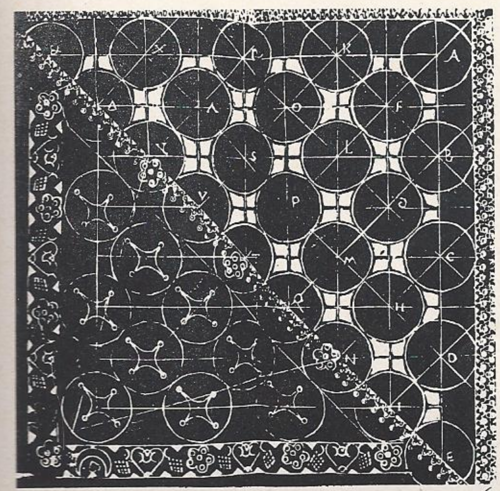
3



4

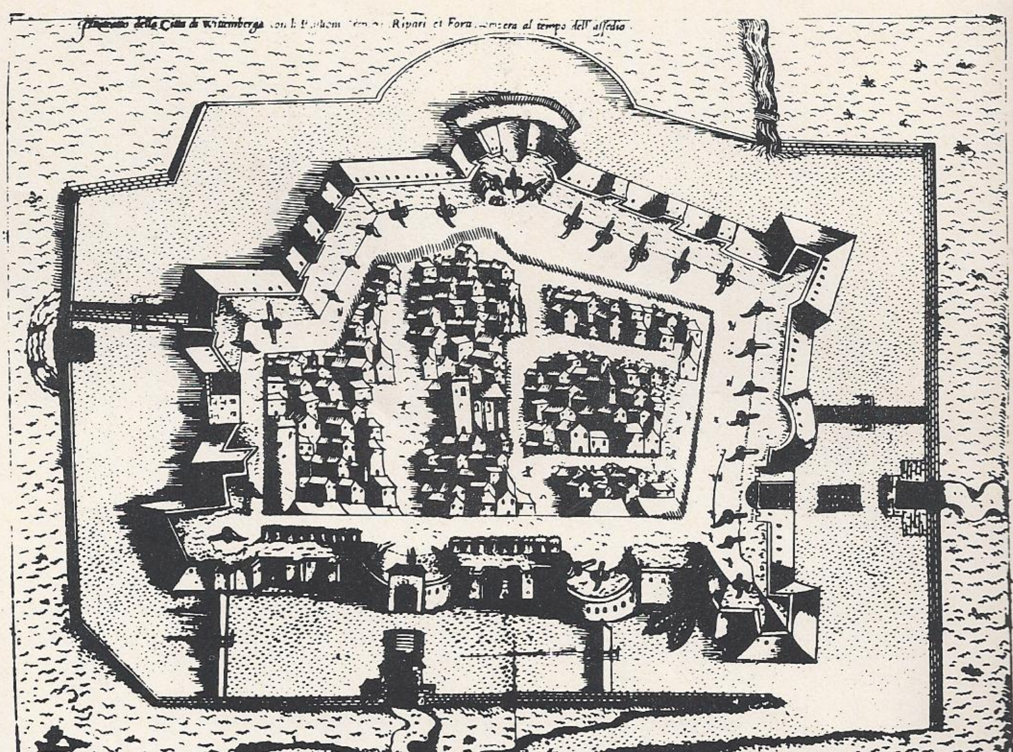


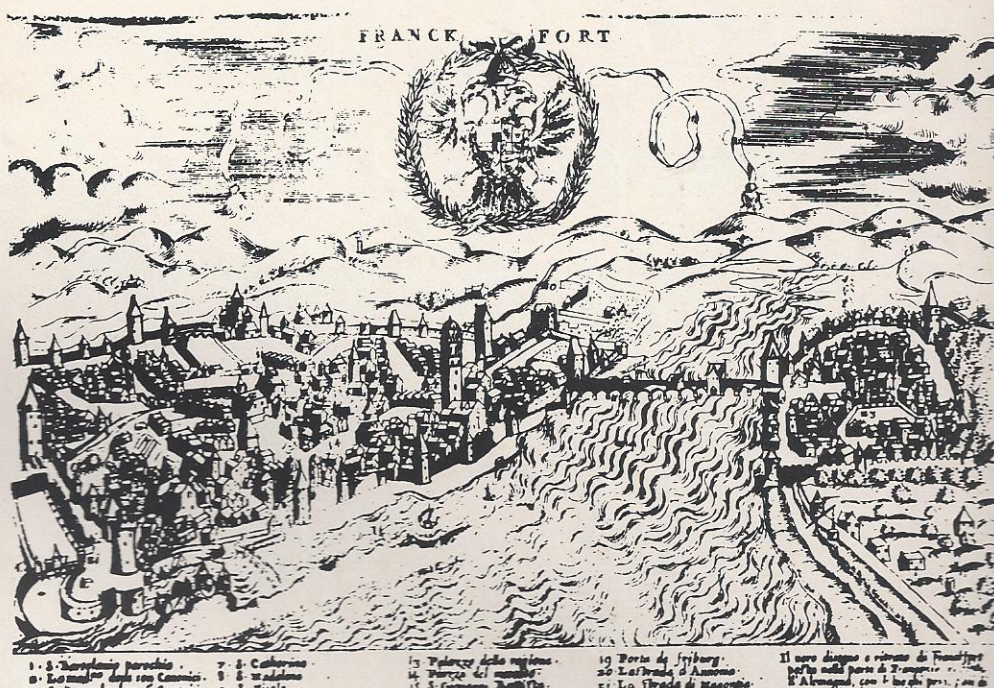
5


6


7




9



10

1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8. Figuras de los Articuli centum et sexaginta adversus mathematicos atque philosophos, *Praga, 1588. París, B. N. Rés* (Snark).

9. *Wittenberg en el siglo* XVI.

10. *Francfort en el siglo* XVI.





1

las. A comienzos del invierno, fue obligado a aceptar la invitación de Mocenigo, a quien empezó a impartirle aquellas lecciones que no debían satisfacerlos en absoluto, probablemente porque de ellas no brotaban "los secretos" que el patricio anhelaba. Sabemos que Bruno frecuentaba los círculos doctos, como el pequeño salón Morosini, y que se había dedicado a componer los escritos "de las siete artes liberales y otras siete inventivas" que quería ofrecer al Papa, según sus propios declaraciones. Evidentemente, las cosas no marchaban bien entre Mocenigo y Bruno; Bruno pidió licencia para trasladarse a Francfort a publicar sus trabajos. Insatisfecho Mocenigo, rompió relaciones con Bruno el 21 de mayo. Bruno no se dejó convencer para quedarse, y en la noche del 22 de mayo, Mocenigo lo hizo capturar en su propio lecho y encerrar en un granero. El día 23 lo denunció acusándolo gravemente de opiniones contrarias a la fe y a sus ministros, de sostener tesis herejes sobre la Trinidad, Cristo, la encarnación, la virginidad de María, la transubstanciación y la Misa; de creer en mundos mútiples y eternos, en la metempsícosis, en la adivinación y en magia. Transferido la noche de ese mismo día a las cárceles de la Inquisición, fue sometido a ese extenuante proceso que había de prolongarse, entre Venecia y Roma, hasta los comienzos de 1600, y terminar con la hoguera en Campo di Fiori.

Los documentos del proceso, desde los venecianos (utilizados ya y publicados por Doménico Berti en 1800, reeditados en el presente siglo por Vincenzo Spampanato) hasta el *Sumario*, editado por Angelo Mercati, en 1492, hasta los descubiertos por Luigi Firpo en 1949, aun con las sombras que los siguen envolviendo —que son muchas— nos permiten no sólo seguir las dramáticas vicisitudes, sino también comprender mejor muchas de las actitudes y tomas de posición del filósofo. Éste siguió, durante los interrogatorios venecianos, una línea defensivá sumamente cautelosa, admitiendo sus errores *filosóficos*, pero subrayando su deseo de rectificación. Sin embargo, muy pronto el Santo Oficio romano se hizo cargo del proceso, y Venecia hubo de cederlo. El 27 de enero de 1593 se ordena el encierro de Bruno en el palacio del Santo Oficio en el Vaticano. Y en ese mismo año, el inquisidor veneciano trasmite a Roma nuevas acusaciones de un grupo de compañeros de la cárcel con quienes había estado Bruno en Venecia. Bruno se mantiene en su posición defensiva y se disculpa también por escrito a lo largo de todo el año 1594. Al año siguiente, el Santo Oficio decide someter a examen los escritos del acusado, examen que se prolonga por espacio de dos años. En presencia de disputas doctrinarias precisas, Bruno trata de ceder, sin conceder demasiado, hasta fines de 1598. Finalmente, en enero de



1599 entra en escena Belarmino, que concentra la acusación en ocho proposiciones, de las que exige por parte de Bruno la abjuración. Transcurren los meses en alternativas angustiosas; Bruno parece mostrarse ahora dispuesto a la retractación; pero vuelve luego a discutir y a defender su pensamiento. Llega contra él una nueva declaración procedente de Vercelli ("en el Santo Oficio de Vercelli fuiste denunciado de que, mientras te encontrabas en Inglaterra, eras considerado ateo...") que determina la intimación de una abjuración de carácter general. El 21 de diciembre de 1599 Bruno declara que no está dispuesto a arrepentirse, puesto que no tiene de qué arrepentirse. El 8 de febrero, cuando escucha la lectura de su condena, responde a los jueces con firmeza que tal vez sientan más temor ellos al pronunciarle que él mismo al escucharla. Y el día 17 "fue llevado a Campo di Fiori, despojado de sus ropas y desnudado y atado a un palo... con la lengua... aferrada en una prensa de madera para que no pudiese hablar... fue quemado vivo".

Después de la muerte

La atroz condena hizo sospechoso hasta el nombre mismo del filósofo. Es que sus escritos —siempre difíciles de encontrar— no difundieron adecuadamente sus ideas, que no obstante todo, circularon con la fuerza de las nuevas y geniales concepciones. Nadie las ignoraba, aunque no todos amaban unir las doctrinas con el nombre de su autor. Desde Praga, el 15 de abril de 1610, Martín Hasdale escribe a Galileo que almorzó junto con Kepler en la casa del embajador de Sajonia; Kepler le había exaltado la "divinidad" del ingenio de Galileo, pero también lo había criticado, "pues dio ocasión de disgustarse, no sólo a la nación alemana sino también a la propia, toda vez que había omitido la mención de esos autores, que ha nombrado y brinda la ocasión de investigar lo que ahora ha hallado, aludiendo entre éstos autores a Giordano Bruno". Con todo, Bruno está presente en el pensamiento del siglo XVII. Su asociación con Descartes es continua, y la sostendrá también Leibniz. Bayle dirá que, en el fondo, Spinoza no ha hecho más que traducir en términos geométricos lo que Bruno había presentado en términos figurados. Simultáneamente se apoyan en Bruno los librepensadores, los "libertinos", los deístas. En el año 1712 —tal como puede leerse en el "Spectator"— se vende un ejemplar de *Expulsión* en treinta libras esterlinas. El famoso John Toland, en 1713, traduce la obra al inglés y la imprime en Londres. En 1570 aparece una versión parcial en francés, anónima, aunque debida, en realidad, al abate Louis Valentín De Vougny, canónigo de Nôtre Dame. Allí donde anida una meditación inquieta, un pensamiento activo, allí se encuentra siempre a Bruno, aun cuando lo sea oscuramente, ambiguamente. Será Friedrich Heinrich Jacobi quien en 1789, en la segunda edición de las famosas cartas a Mendelssohn sobre la doctrina de Spinoza, volverá a poner en circulación los diálogos *De la causa*, de los que dará algunos extractos, más que traducidos, fielmente resumidos. En 1802 Schelling pone a Bruno como protagonista del diálogo en el que expone sus concepciones (*Bruno, o el principio divino y natural de las cosas*). En el clima propio del gran idealismo alemán, a Bruno se le lee, se le discute y se le estudia. En Leipzig se reimprimen en 1829 las obras italianas; en 1836 en Stuttgart las latinas. Comienza la gran fortuna que el pensador conquista en el siglo XIX. En Italia se convierte en una de las figuras más caras a los hombres del *Risorgimento*. En las polémicas con la Iglesia, Bruno aparece siempre como símbolo de libertad. Si filósofos e historiadores rastrean en los archivos, siempre sacan a luz documentos, y promueven ediciones de su obra; su trágica vida inspira la literatura novelesca y dramática, conmueve a todos y propone a la conciencia común problemas graves e inquietantes. Sus escritos se imprimen en ediciones populares, incorrectas por cierto, pero significativas. Junto a las biografías eruditas, florecen las biografías populares. Bruno se halla en el centro mismo de la polémica anticlerical: ante él se inclinan las banderas republicanas y democráticas. Su monumento en Roma, en Campo di Fiori, constituye un acontecimiento político de carácter nacional. Toman su nombre publicaciones únicas, periódicos anticlericales, círculos y ligas. Durante algunos decenios el gran pensador y su obra se hallan totalmente envueltos en la representación del mártir del libre pensamiento, convertido en bandera no sólo de bien definidos grupos políticos, sino de una parte conspicua de la Italia del *Risorgimento*, sin distinción de sectas. Y se incurriría en error, si se pretendiera omitir todo esto que constituye un hecho digno de destacarse en la historia de Giordano Bruno. Claro que masones, demócratas y anticlericales en general, gastaron con frecuencia torrentes de retórica que nada tenían que ver con el pensamiento del filósofo. Pero sobre sus páginas meditaron también Vincenzo Gioberti, Bertrando Spaventa, Francesco Fiorentino, Felice Tocco, Pasquale Villari, Antonio Labriola, Roberto Ardigó. No lo ignoró ningún pensador italiano de algún relieve, aun dentro de las más diversas y a veces opuestas tendencias. Idealistas, positivistas y materialistas, encontraron en él motivos y elementos de discusión. El "descubrimiento" de Bruno, tanto en cuanto pensador como en cuanto hombre, no fue tampoco un hecho solamente italiano; ni concluido en el siglo XIX: todavía prosigue. Si Italia pareció querer redimir una culpa, los países que lo habían acogido como desterrado volvieron a considerar con amor, sobre todo

CHI È GIORDANO BRUNO?

OSSIA

LA BRUNOMANIA IN ITALIA

I.

Il culto verso i grandi uomini, e chiamiamo grandi quelli che resero insigni servigi all'umanità, è uno dei fatti più costanti della storia, perchè risponde a un sentimento insito nel cuore degli uomini di esprimere con atti esterni la loro gratitudine a chi legò il proprio nome ai trionfi del vero, del bello e del buono. A questo sentimento nobile e generoso fa per altro indegno contrasto quellò delle sètte odierne, le quali, in odio della religione e per fare oltraggio al Papato, erigono monumenti o decretano onoranze pubbliche e solenni agli oppugnatori più accaniti dell'uno e ai nemici più implacabili dell'altra: quasi che l'irreligione fosse diventata vanto di elevatissimo ingegno, e merito soprammodo grande l'osteggiare un'istituzione che, per la sua divina origine e pei beni senza numero arrecati all'umanità, fu mai sempre riguardata come la maggiore e più bella gloria che vanti l'Italia. Siffatto abuso d'indebiti onori e di scandalose apoteosi abbiamo chiamato indegno contrasto; ma avremmo potuto anche chiamarlo un mostruoso attentato contro il più grande dei beni

4

BALDASSARE LABANCA

L'Ultima Allocuzione del Papa

E

GIORDANO BRUNO



ROMA
EDOARDO PERINO, Tipografo-Editore
Via del Lavatore, 88.

1889

1. *Una vida popular de G. Bruno publicada por Perino en 1880.*

2. *Un almanaque para el año 1890, editado por el círculo radical G. Bruno de Florencia. Florencia, Biblioteca Marucelliana* (G. B. Pineider).

3. *Monumento a G. Bruno en Campo di Fiori* (Alinari).

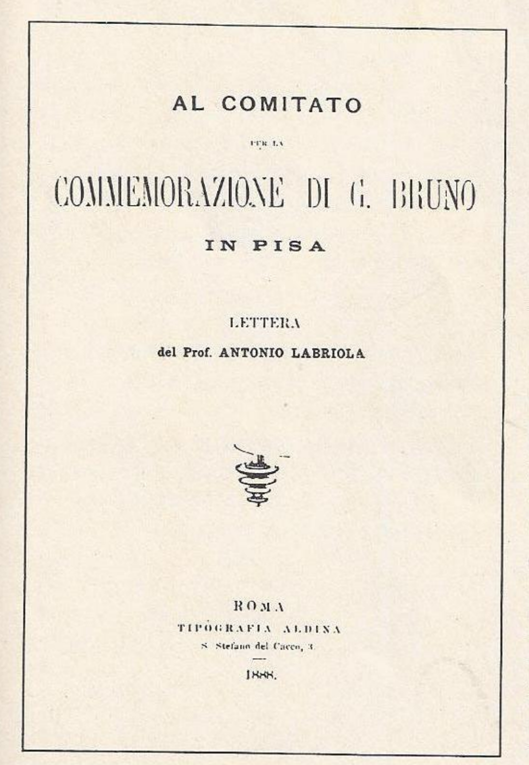
4. *La polémica sobre el monumento en los libelos de los jesuítas y de los anticlericales.*

1. *Una edición popular de G. Bruno.*

2. *Carta de Antonio Labriola al Comité para la conmemoración de G. Bruno, 1888* (portada).



1


AL COMITATO

COMMEMORAZIONE DI G. BRUNO

IN PISA

LETTERA

del Prof. ANTONIO LABRIOLA

ROMA

TIPOGRAFIA ALDINA

1888.

2

Alemania, y después Inglaterra (fueron ingleses, justamente, algunos de los libros fundamentales sobre Bruno), como también Francia. Y países más lejanos todavía, como Rusia, donde han sido ampliamente difundidos sus diálogos; donde *El candelero* ha sido llevado a la escena, y donde el filósofo se convirtió en el héroe de una tragedia y en el protagonista de un film.

Las razones de tanta "actualidad" evidentemente no son extrínsecas; no se trata tan sólo de la tragedia de una vida, o de una polémica superada. En aquellas antiguas páginas sobre aquel que, finalmente libre de toda superstición, hace frente por primera vez a los abismos del universo inmenso, y no siente horror sino que los enfrenta sereno y confiado "en el intelecto y en los manos", se perfila realmente la imagen de un hombre nuevo. La libertad del pensamiento, la construcción de la ciencia, la laboriosidad y fecunda conquista del mundo son su objetivo, y son la insignia de su dignidad. De este ideal, que es el ideal del hombre moderno, Bruno ha sido sin duda, el mártir y el confesor.

Bibliografía

De las obras de Bruno, las ediciones y la literatura sobre este autor existe una excelente bibliografía: V. Salvestrini, *Bibliografía de Giordano Bruno* (1582-1950), segunda edición póstuma, a cargo de Luis Firpo, Florencia, 1958. La mejor bibliografía es todavía la de Vincenzo Spampanato, *Vita di Giordano Bruno con documenti editi e inediti*, vol. 2, Messina 1921 (en las pág., 599-845 están recopilados los documentos). Los documentos fueron reeditados, con algunos agregados, a cargo de G. Gentile: V. Spampanato, *Documenti della vita di Giordano Bruno*, Florencia 1933. A estos se adjunta: A. Mercati, *Il sommario del processo di Giordano Bruno*, Ciudad del Vaticano 1942; L. Firpo, *Il processo di Giordano Bruno*, Nápoles, 1949.

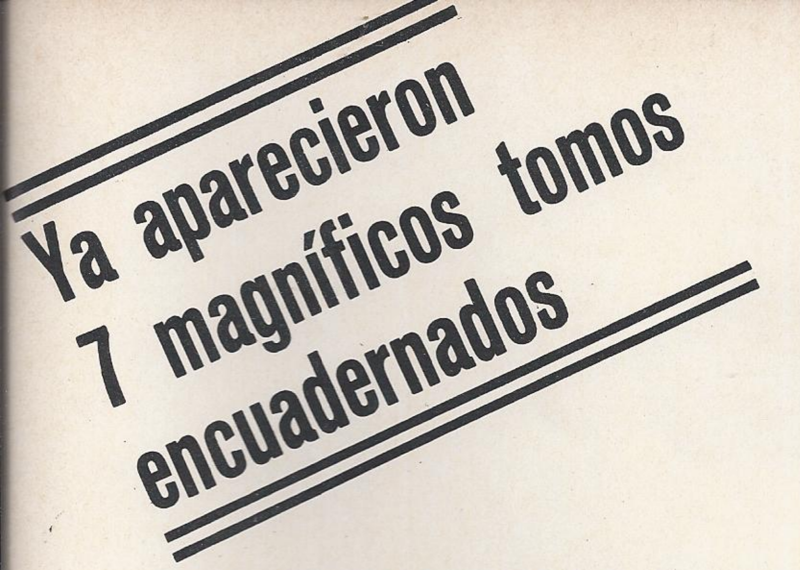
Giovanni Gentile dirigió una edición crítica y comentada de las obras italianas, en dos volúmenes (*Opere italiane. I. Dialoghi metafisici. II. Dialoghi morali*, Bari 1907-1908; II edición, Bari 1925), a la que se debe agregar un volumen, al cuidado de V. Spampanato que contiene *Il Candelaio*, Bari 1909. La edición de Gentile de los diálogos, cuidadosamente revisada e integrada por Giovanni Aquilecchia, salió en su tercera edición en un solo volumen, Florencia 1958. De *La Cena delle Ceneri* tiene singular importancia la edición a cargo de G. Aquilecchia, Turín 1955, con un texto crítico renovado y un óptimo comentario. Para las obras latinas sigue siendo fundamental, a pesar de sus limitaciones, la edición italiana (*Opera latine conscripta, publicis sumptibus edita, Nápoles-Florencia*, 1879-1891, 3 volúmenes en ocho partes), a cargo de F. Fiorentino, F. Tocco, G. Vitelli, V. Imbriani y C. M. Tallarigo. Está compuesta con los textos recientemente recuperados y magníficamente publicados por Aquilecchia: *Due dialoghi sconosciuti e due dialoghi noti*, Roma 1957; *Praelectiones geometricae* y *Ars reformationum*, Roma 1964.

Por último, son bastante recomendables dos colecciones: *Scritti scelti di G. Bruno y T. Campanella*, a cargo de L. Firpo, Turín 1949; *Opere di G. Bruno y T. Campanella*, a cargo de A. Guzzo y R. Amerio, Milán-Nápoles 1956 (la parte sobre Bruno está al cuidado de A. Guzzo).

Para la literatura sobre Bruno, hasta 1950 —amplísima y en todos los idiomas— se aconseja la citada bibliografía de Salvestrini y Firpo que puede integrarse con *Giordano Bruno in Russia*, de A. Ch. Gorfunkel, "Revista de Filosofía", 52, 1961, pg. 461-75 (del mismo Gorfunkel convendría señalar otras contribuciones poco conocidas). Entre las muchas obras de F. Tocco mencionaremos solo *Le Opere latine di Giordano Bruno es poste e confrontate con le italiane*, Florencia 1889, libro aún indispensable. Entre las obras más recientes conviene ver, por varios motivos: A. Corsano, *Il pensiere di Giordano Bruno nel sue svolgimento storico*, Florencia 1940. A. Guzzo, *Giordano Bruno*, Turín, 1960. A. Nnowicki, *Centralne kategorie filozofii Giordana Bruna*, Warsawa 1962; A. F. Yates, *Giordano Bruno and the Hermetic Tradition*, Londres 1964; A. Ch. Gorfunkel, *Bruno*, Moscú 1965.

Para cuestiones particulares son importantes las obras de G. Spini, *Ricerca dei libertini*, Roma 1950, pg. 47-74. P. Rossi, *Clavis universalis*, Milán-Nápoles 1960, pg. 109-134 y C. Vasoli, *Umanesimo e simbología nei primi scritti lulliani e mnemotecnici di Bruno*, "Archivio di Filosofía", 1958, pg. 251-304.

Sobre el tema se pueden consultar en español: José Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía*, Bs. As., 1964; Francisco Romero, *Historia de la Filosofía Moderna*, México, 1950.



Tomo EL MUNDO CONTEMPORANEO (I): fascículos 2, 5, 6, 9, 11, 14, 18 y 23.

Tomo LAS REVOLUCIONES NACIONALES: fascículos 8, 13, 15, 20, 22 y 27.

Tomo EL SIGLO XIX: LA REVOLUCION INDUSTRIAL: fascículos 1, 10, 21, 24, 31 y 36.

Tomo CRISTIANISMO Y MEDIOEVO: fascículos 7, 16, 25, 30, 34, 42 y 43.

Tomo LA CIVILIZACION DE LOS ORIGENES: fascículos 12, 19, 26, 39, 44 y 45.

Tomo LA REVOLUCION FRANCESA Y EL PERIODO NAPOLEONICO: fascículos 4, 17, 29, 38, 46, 49 y 51.

Tomo EL MUNDO CONTEMPORANEO (II): fascículos 28, 33, 35, 40, 85, 86, 87 y 94.

Los tomos están lujosamente encuadernados en tela plástica, con títulos en oro y sobrecubiertas a todo color.

COMO EFECTUAR EL CANJE:

Ya mismo pueden cambiar sus fascículos sueltos de LOS HOMBRES por los tomos encuadernados.

Para efectuar el canje personalmente deben entregar los fascículos en perfecto estado y la suma de $ 6.- (m$n. 600.-) por cada tomo.

Para efectuar el canje por correo deberán enviar un giro postal o bancario por la suma de $ 6.- (m$n. 600.-) por cada tomo y $ 1.- (m$n. 100.-) para gastos de envío, a Centro Editor de América Latina, Rincón 79/87, Capital.

Recibirán los tomos en un plazo de 30 días.

Importante:

1. Cada tomo puede canjearse por separado.
2. Si le falta algún fascículo, puede adquirirlo en Centro Editor de América Latina, Rincón 79/87, Capital.

DONDE EFECTUAR EL CANJE

CAPITAL

LIBRERIA DEL VIRREY
Virrey Loreto 2409

LIBROS DIAZ
Mariano Acosta 11 y Rivadavia 11440, Loc. 46 y 47

LIBRERIA EL CANDIL
Uruguay 1251

LIBRERIA EL HOGAR OBRERO
Rivadavia 5118

LIBRERIA GONZALEZ
Nazca 2313

LIBRERIA JUAN CRISTOBAL
Galería Juramento Cabildo y Juramento, Loc. 1, Sub.

LIBRERIA LETRA VIVA
Coronel Díaz 1837

LIBRERIA LEXICO
J. M. Moreno 53 y Cabildo 1179

LIBRERIA PELUFFO
Corrientes 4279

LIBRERIA SANTA FE
Santa Fe 2386 y Santa Fe 2928

LIBRERIA SEVILLA
Córdoba 5817

LIBRERIA TONINI
Rivadavia 7302 y Rivadavia 4634

VENDIAR
Hall Constitución

LIBRERIA CENTRO EDITOR DE

GRAN BUENOS AIRES

Avellaneda
LIBRERIA EL PORVENIR
Av. Mitre 970

Hurlingham
MUNDO PLAST
Av. Vergara 3167

San Martín
LIBRERIA DANTE ALIGHIERI
San Martín 64 - Galería Plaza

Villa Ballester
LIBRERIA EL QUIJOTE
Alvear 280 - Gal. San José, Loc. 7

INTERIOR

BUENOS AIRES

Bahía Blanca
LIBRERIA TOKI EDER
Brown 153
LA CASA DE LAS REVISTAS
Alsina 184

Garré
RAMON FERNANDEZ

Mar del Plata
LIBRERIA ERASMO
San Martín 3330
REVISLANDIA
Av. Luro 2364

Pergamino

Córdoba
EL EMPORIO DE LAS REVISTAS
Av. Gral. Paz 146, Loc. 1

Coronel Moldes
CASA CARRIZO
Belgrano 160

CORRIENTES
LIBRERIA DEL UNIVERSITARIO
25 de Mayo esq. Rioja

CHACO

Resistencia
CASA GARCIA
Carlos Pellegrini 41

ENTRE RIOS

Paraná
EL TEMPLO DEL LIBRO
Uruguay 208

Concepción del Uruguay
A. MARTINEZ PIÑON
9 de Julio 785

MENDOZA
CENTRO INTERNACIONAL DEL LIBRO
Galería Tonsa, Loc. A 26

MISIONES

Posadas
LIBRERIA PELLEGRINI
Colón 280, Loc. 12 y 13

NEUQUEN
Junín de los Andes

RIO NEGRO

Gral. Roca
QUIMHUE LIBROS
Tucumán 1216

SALTA
LIBRERIA SALTA
Buenos Aires 29

SAN JUAN
LIBRERIA SAN JOSE
Rivadavia 183 Oeste

SANTA FE

Rosario
LIBRERIA AMERICA LATINA
Gal. Melipal. Loc. 10, Córdoba 137
LIBRERIA LA MEDICA
Córdoba 2901

Santa Fe
LIBRERIA COLMEGNA
San Martín 2546

Rafaela
LIBRERIA EL SABER
Sarmiento 138

SANTIAGO DEL ESTERO
LIBRERIA DIMENSION
Galería Tabycast, Loc. 19

TUCUMAN

ANUNCIO IMPORTANTE

Para usted acaba de aparecer un nuevo tomo encuadernado de LOS HOMBRES de la historia

Es el séptimo tomo de la colección y usted puede obtenerlo hoy mismo, canjeándolo por los fascículos sueltos.

(Ver detalle del canje al dorso)

LOS HOMBRES de la historia — EL MUNDO CONTEMPORANEO (I)

LOS HOMBRES de la historia — LAS REVOLUCIONES NACIONALES

LOS HOMBRES de la historia — EL SIGLO XIX: LA REVOLUCION INDUSTRIAL

LOS HOMBRES de la historia — CRISTIANISMO Y MEDIOEVO

LOS HOMBRES de la historia — LA CIVILIZACION DE LOS ORIGENES

LOS HOMBRES de la historia — LA REVOLUCION FRANCESA Y EL PERIODO NAPOLEONICO

LOS HOMBRES de la historia — EL MUNDO CONTEMPORANEO (II)

¡Su colección vale mucho más si usted la tiene encuadernada!
No espere más: canjee hoy mismo sus fascículos.

Precio de LOS HOMBRES

ARGENTINA:
Nº 125 al Nº 115 $ 1,50 m$n 150.-
Nº 114 al Nº 1 $ 2,50 m$n 250.-

COLOMBIA: $ 7.-
MEXICO: $ 5
PERU: S/. 18

URUGUAY: $ 90
VENEZUELA: Bs. 2.50